

LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

L. Rosales

Esta obra es propiedad de su autor, quien pers
guirá ante la ley al que la reimprima sin su perm

R.21272

ANT
XIX
33

LA

VIRGEN DE LOS DOLORES,

POEMA,

POR D. JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

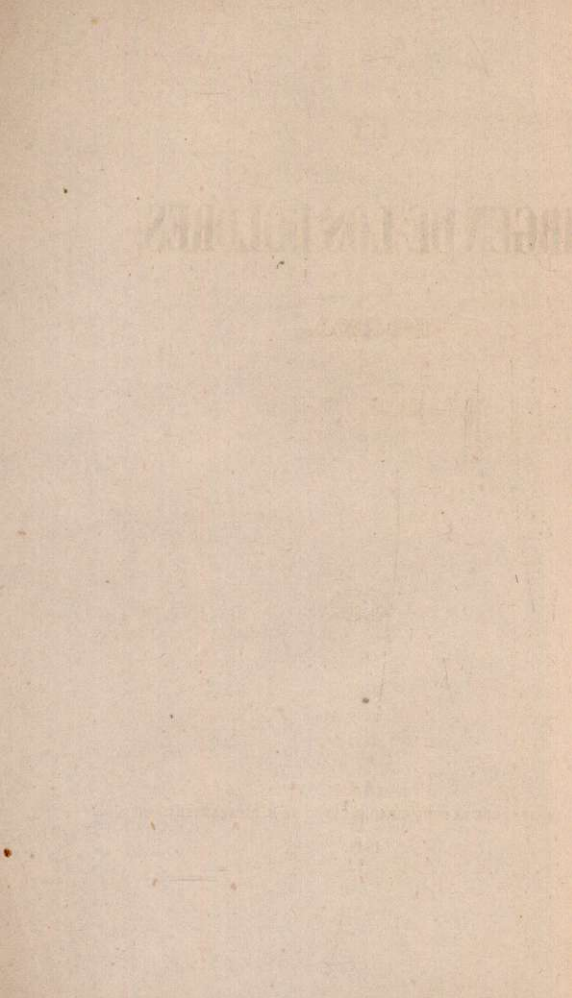


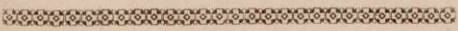
MADRID,

IMPRESA DE LA PUBLICIDAD, A CARGO DE M. RIVADENEYRA.

1848.







LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el Dr. D. Joaquin Fernandez Cortina, presbítero, canónigo de la santa iglesia primada de Toledo, y vicario eclesiástico de esta heroica villa de Madrid y su partido, etc.

Por la presente y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *La Virgen de los Dolores*, poema épico, escrito por D. Joaquin José Cervino: mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. — Madrid 27 de mayo de 1846. — D. CORTINA.—Por mandado de S. S., RAMON DE ORDUÑA.

INDULGENCIAS.

Nos D. Juan José Bonel y Orbe, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, obispo de Córdoba, administrador apostólico de Almería, sede vacante, procapellan, limosnero mayor y confesor de la Reina, nuestra señora, delegado apostólico del ejército y armada, gran canciller y caballero gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, y de la americana de Isabel la Católica, senador del reino, del consejo de S. M., etc.

Deseando promover, en cuanto podamos, la devoción cristiana, y alentarla con espirituales gracias, usando

libremente de las facultades que nos competen, concedemos por las presentes cuarenta dias de indulgencia á todos los fieles por cada vez que devotamente rezaren, leyeren ó meditaren sobre los cantos piadosos del poema titulado *La Virgen de los Dolores*, escrito por D. Joaquin José Cervino; pidiendo á Dios por la exaltacion de nuestra santa fe católica, extirpacion de las herejías, paz y concordia entre los príncipes cristianos, conversion de pecadores, y demas santos fines de la Iglesia. — Dadas en Madrid á 8 de junio de 1846. — JUAN JOSÉ, OBISPO DE CÓRDOBA. — Hay un sello de armas. — Por mandado de S. E. el obispo mi señor, D. JUAN GUTIERREZ DE LEON, V. S.^o

Madrid 18 de agosto de 1846. — Concedemos los mismos dias de indulgencia y en los mismos términos que expresa la anterior concesion. — FRANCISCO, OBISPO DE LA HABANA. — Por mandado de S. S. I. el obispo mi señor, ADRIAN MIRAT.



AL EXCMO. SR. D. LUIS DE MAYANS, ENRIQUEZ
DE NAVARRA, SECRETARIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO
UNIVERSAL DE GRACIA Y JUSTICIA DE ESPAÑA É INDIAS,
NOTARIO MAYOR DE LOS REINOS, ETC.

EXCMO. SEÑOR,

No solamente porque deseo que su esclarecido nombre adorne las primeras páginas de mi libro, sino porque sin la bondad de V. E., de que tengo pruebas tan repetidas, jamas me hubiera atrevido á estampar al frente de mi obra la siguiente inscripcion, dictada por la mas pura y respetuosa fidelidad, tengo el honor de suplicar á V. E. se digne admitir bajo su proteccion el escaso fruto de mis tareas literarias, interponiendo el alto valimiento que V. E. goza y merece, para que mi libro llegue hasta el pié del Trono con esperanza de benévola acogida.

Sea V. E., Excmo. Sr., mi verdadero Mecenaz, y mi gratitud seguirá pidiendo al cielo prosperidad y ventura para V. E., cuya vida guarde Dios nuestro Señor por muchos y felices años. — Madrid 19 de setiembre de 1845. — Excmo. Sr. — Besa las manos de V. E. su apasionado amigo,

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

A S. M. la Reina

DOÑA ISABEL SEGUNDA

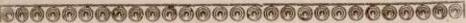
DE BORBON.

*En testimonio de profundo respeto y acendrada
fidelidad.*

El autor,

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

ADVERTENCIA.



ADVERTENCIA.

DESDE que sentí despertarse en mi alma la afición á la poesía, ó lo que es igual, desde que contaba aun muy incompleto el tercer lustro de mi existencia, sucedióme en ocasiones diferentes el preguntarme la causa del por qué los poetas españoles que crearon la lengua de Castilla casi tan rica y galana como su madre la del Lacio; que dieron á luz metros exclusivamente nacionales, como el romance octosílabo; que levantaron el edificio de nuestro envidiado teatro, para cuya obra no se acordaron de Sófocles ni de Eurípides, de Plauto ni de Terencio; y en fin, que hicieron conocer á todo el mundo una literatura enteramente original, nueva, española, no se atrevieron á inventar un traje, ó mejor dicho, á ataviar con la pura y lindísima estola del Cristianismo á la musa ibérica, y la dejaron morar en nuestro ortodoxo suelo vestida aun con la agraciada, pero ya envejecida túnica de las divinidades de Grecia y Roma. Mas de una vez parecióme un disfraz semejante traje: mas de una vez extrañé que nuestros ingenios hubiesen consentido autorizar el repugnante anacronismo de recurrir á las deidades fabulosas para cantar costumbres tan diversas, héroes que no creían que Júpiter Tonante con sus rayos pudiese quemarles un hilo de su ropilla, y á quienes el enojo ó favor de Vénus y de Neptuno importaba ya lo mismo que hoy nos importa á nosotros.

A pesar de estas razones, que ni debieron ni pudieron ocul-

tarse á nuestros grandes ingenios poéticos, no ha habido vez, hasta hace muy pocos años, en que, en lugar de acudir al cielo para todo, las musas de Castilla no volasen al Olimpo; en que por invocar al Dios de Sabaot, que era el de sus padres, el suyo propio, aquel en quien tenían fe, no invocasen á todo el largo catálogo de dioses de la antigua Roma en quienes ni creían ni esperaban. ¿Y por qué este contrasentido? Acaso por espíritu, por hábito mas bien, de una imitacion casi servil é indigna de hombres que abrieron tan nuevos caminos en el campo de nuestra poesía: acaso solamente porque aquellos; pasma la futilidad de la causa! fuéron los dioses de Homero y de Virgilio.

Y no se diga que al rigor con que la autoridad eclesiástica, y á la tenacidad con que el fanatismo de la Inquisicion prohibían el estudio de la Biblia, particularmente á los seglares, impidiendo no solo las traducciones del gran Libro, sino hasta la inofensiva imitacion de sus modismos, sus frases y sus sentencias, es á lo que se debe atribuir el que la poesía española no se atreviera á pintar el cielo del Apocalipsis en lugar del de la Eneida; no: el propio maestro Leon, cuyo encierro por el Santo-Oficio se atribuye á su traduccion de *El Cantar de los cantares*, vertió luego al castellano infinidad de salmos sin que nadie le vejase por ello; y Herrera, el divino Herrera empedró de hebraísmos, y salpicó de frases bíblicas toda su mejor obra, la *Cancion á la Victoria de Lepanto*, sin que esto hubiese hecho otra cosa mas que producir encomios perpetuos en honra de la musa que con tanta majestad celebró el hundimiento de las huestes agarenas en el mar Egeo, imitando los inspirados acentos de aquella otra que invitaba á cantar al Señor por haber sumido en el mar Rojo con carro y caballero á todo el espantable poder de Faraon.

El señor Martinez de la Rosa ha dicho (1) que no sabe hasta

(1) Prólogo de sus poesías.

qué punto hubiera rayado la lengua de Castilla si hubiese tenido muchos poetas *del temple y vigor de un Herrera, que la levantaba á par del griego y del hebreo*. Yo añado que tampoco sé el grado de majestuosa hermosura que hubiese adquirido nuestra poesía, si el mismo Herrera hubiera continuado bebiendo sus inspiraciones en las sagradas páginas; si hubieran acudido al propio inagotable manantial todos los demas talentos de nuestro suelo; si, aun en las composiciones no puramente religiosas, hubieran procurado imitar los ejemplos que nos ofrece la Biblia, tantos y tan buenos para todos los géneros y tonos, que aventajan á los mejores de los griegos y los latinos. D. Tomas Josef Gonzalez Carvajal, á quien podemos llamar maestro en nuestra lengua y literatura, ha dicho (1), y no vacilamos en creerlo, que solo con el libro de los Salmos en la mano, no echará el entendido de ménos *ni los arrebatados vuelos de Píndaro, ni la noble y sencilla majestad de Homero, ni la suavidad de Cátulo, ni la familiaridad de Terencio, ni la elegancia y cultura de Virgilio, ni la concision, discrecion y gracia de Horacio, ni la fluidez y amenidad de Ovidio, ni nada de cuanto bueno hay en los mejores y mas célebres poetas del mundo*. No se crea por lo que vamos diciendo que condenamos el estudio de los magníficos modelos griegos y latinos. Confieso que aun está y debe estar vigente el precepto de Horacio para que se estudien dia y noche; pero de tal estudio debemos solamente sacar copias que no digan relacion á las creencias de los autores del original; porque no lo consienten las nuestras; porque estamos persuadidos de que á todos los que vieses en estos dias una obra en que se dijera que Jove sumo disponia de la suerte de nuestra patria, se les caería el libro de las manos bostezando de fastidio. Por lo demas, ya he dicho que no deben abandonarse los escritos de los siglos de oro de la literatura griega y romana: hacer otra cosa sería una negra

(1) Prólogo de su traduccion de los Salmos.

ingratitude que traeria ademas no pequeño castigo; seria una injusticia cuando tanto les debemos, cuando se lo debemos todo hasta hace muy pocos años.

Pero aun se nos podria decir que la majestad sublime de Cristianismo no consiente ficciones de ningun género, y que siendo estas el alma de la poesía, preciso es recurrir á las lindas fábulas mitológicas para poder hablar el lenguaje de las musas. Permitaseme que no lo crea. Es verdad que de otro modo se necesita mucho tino: caminar particularmente en los principios, y hasta que estén mas trilladas estas vias, con muchísimo cuidado, porque es muy fácil tropezar y caer; pero un gusto delicado, un estudio profundo de nuestras creencias y de las del antiguo pueblo de Israel, y un genio inspirado y creador, de los que con tanta abundancia produce nuestro suelo, pudieran adelantar muy mucho en poco tiempo por el camino de que hablamos; á mas de que la opinion del público de nuestros dias debe encontrarse preparada en favor de esta reforma. Pues ¿á qué imaginacion no aplice el figurarse al ángel de la mañana que, al obedecer las órdenes de aquel que con su palabra sola creó la luz, se presenta abriendo las puertas del Oriente, y trayendo para dicha de cuanto existe esta cotidiana emanacion del inagotable torrente de luces en que fulgura el trono del padre de ellas? ¿Quién de nosotros no preferirá esta imágen que puede exornarse tan bellísimamente, á los desacreditados cuentos de la esposa de Titon, y los de Apolo, su carro y sus caballos, que la generalidad de nuestro lectores no entiende, y á la que deben cansar por lo mismo? Pues bien, lo primero es una ficcion poética, y el genio de nuestras creencias no solo no la resiste, sino que la favorece. ¿Quién de nosotros no querrá mas que se pinte á la luna, hermoso escabel de la Reina de los ángeles, derramando sobre el mundo reflejos, perlas y esencias que se desprenden del manto de la Señora que la pisa, que oir por milésima vez copiada de

Ovidio y de Virgilio la fábula de Diana ó Febe, y el pensamiento de que el astro nocturno guia por los altos cielos los caballos que conducen su plateado carro? Pues bien : lo primero es invencion de la poesía, y el genio de nuestra religion no solo no la repugna sino que es quien la ha creado. Truena, y nos encanta con su sublimidad del magnífico Rey Poeta pintándonos el carro de fuego (1) en que marcha el Dios de Sabaot sobre los querubines y las alas de los vientos, y á cuya proximidad humean los montes, se enciende el aire, la tierra tiembla, la creacion se pasma. ¿No vence esto en grandeza de imágenes á todas las que ha producido y producirá el poder de Júpiter, ó la locura de Eolo dando libertad á los encerrados vientos? Pues bien : ábranse los libros santos, y se encontrarán á cada paso concepciones como la del Salmista.

Cuanto tocaron los inspirados genios del antiguo y nuevo Testamento llega hasta nosotros impregnado de dulcísima poesía. Las rosas de Jericó se nos figuran mas fragantes que las de los pensiles de Chipre : la indeterminada *flor del campo*, y el *lirio de los valles* tienen mas suave perfume, y son mas hermosa y dulcemente melancólicos, que todas las producciones que pudiese arrojar la tierna Flora sobre Gnido y sobre Páfos. Mas yo no debo seguir en este parangon. Châteaubriand, el incomparable reformador y maestro del gusto que ha de lucir en la literatura de nuestros dias, ha puesto frente á frente de los rasgos de imaginacion de los poetas que crearon tantas religiones, los de la religion que ha creado tantos poetas ; y el *Genio del Cristianismo* y la sublime epopeya de *los Mártires* dicen ya que *la musa de las verdades* ha vencido felizmente á *la musa de las ficciones*.

Bajo la influencia de estas ideas se ha escrito la presente obrita, y no diré que sin pretensiones de ningún género, como suelen decir muchos, porque las he tenido. En primer lugar

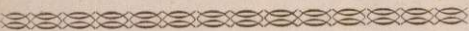
(1) Salmo xvii, v. 8 y siguientes.

he deseado que mi pobre trabajo avive el cariño hácia la hermosa Virgen con cuyo nombre de celestial dulcedumbre llamamos y oímos llamar á nuestras madres, á nuestras esposas, á nuestras hijas, y cuya santa invocacion ha consolado mas de una vez nuestra alma, cuando hemos acudido al amparo del manto protector de la Señora, para buscar alivio á las melancolías que á veces nos han abatido (porque moramos en el valle de lágrimas donde no faltan á nadie), y esta pretension en mí eslo de pagar una mínima parte de la inmensa deuda de gratitud que la Emperatriz de los cielos tiene derecho á reclamarme; y en segundo lugar he deseado y deseo que los esclarecidos ingenios españoles, estimulados con mi ensayo (y dichoso yo si á tanto alcanzara), dén pruebas de mas valía, acabando de desterrar de entre nosotros toda alusion que no cuadre con nuestras creencias y costumbres.

¿Se me perdonarán, en cambio de las pretensiones que he tenido ántes de escribir, los defectos en que haya incurrido escribiendo? Así lo espero en gracia tambien de la heroína que he cantado; y si no sale fallida esta mi confianza, creeréme generosamente recompensado de mis vigiliass y afanes.



INTRODUCCION.



INTRODUCCION.

I.

¿Mi pobre corazon por qué suspira ,
Y del retiro y soledad se agrada?
¿Por qué á do yace mi olvidada lira
Súbito he dirigido una mirada?
¿Qué sombra de tristeza en torno gira
Que así me deja el ánima angustiada ,
Y el arpa del dolor voy aprestando
Tonos de luto al cielo demandando?

II.

¿He escuchado el graznar de la corneja,
Del cuervo augurador he visto el vuelo,
O turbia estrella de fatal guedeja
Terror lanzando entre el azul del cielo?
No ; necio agüero al corazon no aqueja,
Ni en fantasmas la mente encuentra el duelo :
Temiéronlos paganas Roma y Grecia ;
El alma del cristiano los desprecia.

III.

Tú, Luna, que en el alto firmamento
Ves, en trono de nácares llevada,
Al ángel de la noche dando al viento
La fimbria de tu veste plateada :
Tú á quien dije mi pena y mi contento
Tantas veces en cítara acordada,
¿Sabes por qué me acosa este quebranto
Que abre mi labio para triste canto?

IV.

¡Oh! dímelo si puedes, luna bella :
Así nube importuna nunca empañe
La hermosa lumbre que tu faz destella.
Así un coro de estrellas te acompañe,
Y venzas en fulgor á cada estrella.
Así en su luz el Sol por siempre bañe
Tu frente candorosa. Dime ¡ay! dime
Por qué hoy la lira entre mis manos gime.

V.

No ha mucho, cuando el Sol en occidente
Recogia su manto de oro y grana,
Mil cambiantes de luz dando al ambiente
Su bordadura espléndida y galana ;
Contemplando el tesoro refulgente
De tanta maravilla soberana,
Fijé mi incierta planta vagarosa
De regio templo ante la mole airosa.

VI.

Y salvando el umbral de mármol pario,
En la desierta silenciosa nave
Penetré del augusto santuario,
Henchida el alma de respeto grave.
Ya no vertía aroma el incensario,
Ni se escuchaba el cántico suave,
Y en música y perfume todavía
Parece que la mente se embebía.

VII.

Allí lámparas de oro reflejaban
Ante el que hizo la luz á un solo acento ;
Allí rosas y acacias descollaban
Ante el que á mayo presta flores ciento ;
Allí columnas dóricas se alzaban
Ante aquel que sostiene el firmamento,
Soberbios chapiteles sustentando,
De esmeralda y zafir vislumbres dando.

VIII.

Y allí.... dadme otra lira mas sonora,
Mas dulce, mas süave, con que pueda
Decir la hermosa estrella encantadora
A cuya luz la mente absorta queda.
Allí del almo empíreo la Señora
So pabellon de purpurina seda,
Tan pura, tan graciosa, tan divina,
Como el hombre en la gloria la imagina.

IX.

Mas ¡ay! no, que en la gloria sus fulgores
Cual Reina de los ángeles ostenta :
Miéntras aquí el cincel en sus primores
De los mártires Reina la presenta.
Mas ¡ay! no, que en la gloria entre esplendores
Del Sol vestida nítida se asienta,
Miéntras aquí bajo enlutado manto
Un mar parece de dolor y llanto.

X.

Inclinada la frente alabastrina
Al grave yugo del penar profundo ;
Suspendida una lágrima divina
De aquel párpado en lágrimas fecundo ;
Entreabierta la boca purpurina,
Manantial de consuelos para el mundo,
Entrambas manos contra el seno oprime
De alto dolor en actitud sublime.

XI.

Linda, y blanca, y purísima azucena,
¿Quién derramó en tu cáliz la amargura?
Estrella que la mar calma y serena,
¿Quién agitó tu luz tranquila y pura?
Virgen que llamó Dios *de gracia llena*,
¿Quién te llenó de duelo y desventura?
Madre de paz, inofensiva, amante,
¿Quién te ha herido con daga penetrante?

XII.

Yo lo diré, si á tanto es poderosa
La voz que tierna compasion embarga :
Yo lo diré, si el ánima angustiosa
Al ver tanto penar no se aletarga.
Arpa de los dolores temblorosa,
Brote en mis manos tu cancion amarga :
Luna, esplendente Luna, ya no digas
Quien presta al labio fúnebres cantigas.

XIII.

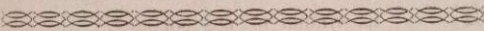
Angel inspirador que al genio diste,
Que cantó de Sion la desventura,
Voz de dolor armoniosa y triste
Que enterneciera hasta la roca dura :
Tú que á David la lira concediste,
Torrente de dulcísima tristura,
Vén del cielo á templar el arpa mia :
Yo canto los dolores de María.

CANTO PRIMERO.

LA PROFECÍA.

SUMARIO.

La Virgen Madre se dispone para ir al templo á presentar su Hijo recién nacido. — Despedida del portal de Belén. — Mañana. — El camino. — El sepulcro de Raquel. — Jerusalem. Antes de entrar la Virgen en el templo, vuela al cielo la madre y escucha los decretos del Eterno. — Simeon. — La presentación. — La profecía. — Dolor de la Madre de Dios.



La Virgen de los Dolores.

CANTO PRIMERO.

LA PROFECIA.

Ipsa oppressa amaritudine.

Jerem. Tren. cap. 1, v 4 (1).

I.

Cumpliéronse los tiempos : lo profundo
De lo pasado devoró anhelante
Los años que Daniel señaló al mundo
Para arribar á venturoso instante :
Ya envió el cielo, cual maná fecundo,
El bien que el orbe codiciaba amante :
En Belen de Judá nardo precioso (2)
Ya despidió su aroma portentoso.

II.

Habian ya los ángeles cantado
Gloria á Dios, paz al hombre ; y en el seno
Miróse de Abraham regocijado
De dicha el justo y de esperanzas lleno ;
Y rebramó tres veces despechado
Rebosando en furores y veneno
El cóncavo infernal, que vió sus puertas
Para siempre cerradas y desiertas.

III.

Y el espléndido Sol tal vez reflejo
Del niño de Belen en hermosura,
Un dia y otro cual brillante espejo,
Copia de eterna luz, aun mas fulgura ;
Y el mundo absorto mírale, y perplejo,
En pos de noche de sin par ventura
Saludar á la perla bendecida
Del seno de una vírgen suspendida.

IV.

Y un lucero en extremo refulgente
Señaló del Dios niño la morada,
Como en día de triunfo, en lo eminente
De regio alcázar, banderola izada ;
Y los egregios magos del Oriente
Rindieron ya su ofrenda mas preciada
Al tierno infante que el establo encierra
Y que adoran pasmados cielo y tierra.

V.

Y en fin cuarenta veces visto habia
El pastor de Belen la clara estrella
De la tarde brillar, y niebla fria
Cubrir el monte y valle, y en pos de ella
A la noche tender su gasa umbría
Desde la noche venturosa aquella
En que, por voz de un ángel conducido,
A Jesus adoró recién nacido :

VI.

Cuando María, cual purpúrea rosa
De Jericó la celebrada orgullo,
Prepárase á cumplir ley imperiosa (3)
Ofreciendo al Eterno su capullo;
Y en la santa Sion majestüosa,
De plegaria santísima al murmullo,
Purificarse anhela ; aunque es mas pura
Que el luminar del dia su hermosura.

VII.

A su lado Josef, el casto, el bueno,
El dulce esposo de la Vírgen santa,
De tiernísimo afecto el pecho lleno
Hácia tanta virtud y beldad tanta,
Se extasiaba en mirar del blando seno
Pender al Hijo hermoso que le encanta,
Y su ventura en tan sublime escena
Le oprime, le fatiga, le enajena.

VIII.

« ¡ Hijo ! — decia él : — ¡ Hijo querido ! »
Y el pié, la mano, el labio le besaba :
« ¡ Esposa, esposa mia ! » Y embebido,
En silencio elocuente la miraba.
« ¡ Hijo de mis entrañas bendecido ! »
María en sus amores exclamaba :
« ¡ Esposo ! » Y tan amante sonreía,
Que el alma de Josef desfallecía.

IX.

¡ Quién pudiera las íntimas delicias
Cantar de aquellas almas divinales !
Del cielo las angélicas milicias
Las miraban atónitas : raudales
De inefables amores, de caricias,
De paz, de union, de goces celestiales
Las envolvían en placer supremo :
¿ Quién podrá concebir hasta qué extremo ?

X.

La hija de Nazaret en tanto, presta
A cumplir con la ley, pobre equipaje
Con gracia suma diligente apresta :
La alondra al formar nido entre el ramaje,
Tan solícito afán no manifiesta.
Dice Josef : « ¿No temes el ultraje
Del frío matinal ? » La Virgen clama :
« No ; que á Sion alto deber nos llama. »

XI.

Una mirada lánguida y süave
Entonce en derredor tendió la hermosa,
Y en lengua humana ponderar no cabe
Cuán dulce fué, cuán tierna y deliciosa.
« Nunca, mansion hospitalaria, acabe
» De tí el recuerdo en mi ánima dichosa :
» Belén, sencilla flor, tú mi cariño,
» Tú eres la patria de mi dulce Niño.

XII.

» En tu centro, el mayor de entre los dones
» Recibí de Jehová: de hoy mas por ello
» Me dirán venturosa las naciones (4),
» Y yo bendeciré tu centro bello.
» ¡Tierra que ama el querub! tus torreones
» Cubra de gloria vívido destello ;
» Y adios : voy á partir, mansion sagrada,
» Pero te llevo al corazon grabada. »

XIII.

Dijo ; y en la purísima mejilla
Detúvose una lágrima ardorosa,
Perla del alba que encantada brilla
Y del lirio en los pétalos reposa.
¡Cuál revela en la Virgen sin mancilla
El tierno corazon y alma preciosa!
¡Oh! de inefable amor en un abismo
Sumérgese al mirarla el querub mismo:

XIV.

Ya rasga el velo de la noche umbrosa
El ángel de la luz, y á los mortales
Muestra desde el oriente, de oro y rosa
Los primeros albores matinales :
A su vista la Luna temblorosa
Traspasa de occidente los umbrales ,
Y alguna estrella perezosa y tarda
Sus tibios rayos sorprendida guarda.

XV.

Alzan mil aves armonioso trino,
Y el aire hienden límpido y sereno ;
Abren las flores su boton divino,
Y aroma exhalan de su vírgen seno ;
En retorno el rocío matutino
Les deja el cáliz de su aljófár lleno :
Parece cada flor vírgen preciada
En diamante y zafir la frente ornada.

XVI.

Cuando improviso el Sol, cual rey brioso
Que ante su pueblo su poder ostenta,
Gigante que abandona su reposo
Sobre las altas cumbres se presenta.
Arde el ambiente en chispas irradioso,
Y lluvia de topacios representa ;
Y rie el valle , y la floresta umbría ,
Y vístense los montes de alegría.

XVII.

Pero otro sol mas pródigo y fecundo ,
En los amantes brazos de otra aurora,
Que tuvo por oriente en antro inmundo ,
La ciudad de David encantadora ,
Sale tambien á iluminar al mundo
Con fulgor que á los cielos enamora ,
Y aroma , y paz , y dicha , y bienandanza
Despide , y luz de plácida esperanza.

XVIII.

Camina la graciosa Nazarena
Llevando en brazos al hermoso Infante,
Cuya dulce sonrisa la enajena,
Y estremece su pecho palpitante :
Toda absorta en su amor, de duelo ajena,
Cúbrole con su manto rozagante ,
Y entre los pliegues que hácia el seno apiña
Graciosa cuna á su Jesus aliña.

XIX.

Baja irradiando el querubin del cielo
Y con su labio reverente sella
El breve espacio que marcó en el suelo
La de María soberana huella ,
A cuyo impulso en presuroso anhelo
Brotan la rosa y la azucena bella :
Que aun la cañada que la arena inunda
La planta divinal torna fecunda.

XX.

Meciéndose en el aura matutina
Mil celestes espíritus brillantes,
Los blondos rizos en la faz divina
Agitan con sus soplos odorantes;
Y al inclinar la frente alabastrina
Por contemplar al Hijo, mas radiantes
Reflejando del sol los rayos de oro
Danle en gracia y beldad rico tesoro.

XXI.

Murmurar el Cedron se oye lejano
Que al lago de Asfaltide el curso envía (5);
Y ya al regio sepulcro soberano (6)
De la hermosa Raquel llega María.
¡Cómo en el centro de su tumba vano
La esposa de Jacob se agitaria
Con saltos de placer y de contento
Al ver cerca de sí tan gran portento!

XXII.

¡Sombra de la hermosísima pastora,
De los hijos de Haran dulce embeleso!
¡Oh! no fué para tí tan seductora,
Ni llevó tu alegría á tal exceso,
Del pastor de Laban la encantadora
Presencia inesperada; ni su beso
En ese mismo valle recibido,
De inocencia, de amor, de fuego henchido.

XXIII.

Por fin descuella la Ciudad hermosa
Cantada por David con arpa santa,
Y vese entre la bruma nebulosa
Que en la mañana el céfiro levanta.
Rica en altos recuerdos y gloriosa,
De Josef y María el pecho encanta;
Y «mira allí á Sion», ambos dijeron,
Y «¡Sion!» los collados repitieron.

XXIV.

Sobre los altos montes asentada (7),
Porque su augusta majestad se vea,
Por el potente Altísimo fundada
Írguese la Ciudad reina en Judea :
Allí el Señor escoge su morada,
Y en ella mas que en otra se recrea,
Y en libro eterno y páginas de gloria
El mismo cuida de escribir su historia.

XXV.

La Virgen, de las puertas eternas
De sethim y de cedro fabricadas,
Pisa ya los espléndidos umbrales :
Allí gentes diversas apiñadas,
En sexo, edad y traje desiguales,
Y en distintos objetos ocupadas,
Entran, salen, disputan, lloran, cantan,
Rumor, y polvo, y confusion levantan.

XXVI.

Allí con faz impávida los guardas ,
Y frente adusta, y ademanes fieros ,
Empuñan las temidas alabardas
Que retratan al sol en sus aceros ;
Allí sus decisiones , nunca tardas
Y siempre rectas , de Israel severos
Los jueces dictan , y en su frente pura
Rayo de ciencia y probidad fulgura.

XXVII.

Allí María por en medio pasa (8)
De tanta confusion y tropel tanto ;
Y al Hijo tierno en cuyo amor se abrasa
Va escondiendo solícita en su manto.
¡Pobre madre ! haces bien : tal vez sin tasa
Le guarde esa ciudad duro quebranto
Que te arranque ¡ infeliz ! amargo lloro...
Oculta , pobre madre , tu tesoro.

XXVIII.

Blancas como el manjar que descendiera
Allá de Sin en el desierto un día
Para el hambre apagar horrible y fiera
Que al pueblo de Moises estremecía,
Dos palomas Josef con fe sincera
Llegó á escoger en tanto : ofrenda pia
Que al Dios de Abraham con grato regocijo
Puede ofrecer al presentarle el Hijo.

XXIX.

El templo en fin : ante su mole santa (9)
Párase muda del Cison la hermosa,
Y al cielo ojos purísimos levanta
Con faz envidia de encendida rosa.
¡Ay! ¿quién detiene la divina planta
Que á hollar al mismo Sol es poderosa?
¡Ay! ¿por qué al Niño pudibunda guarda
La Virgen celestial? ¿Quién la acobarda?

XXX.

¿Qué pide al cielo en donde tiene fija
La irradiante mirada encantadora?
¿Acaso al Dios que alegra y regocija
Su juventud, mas bella que la aurora,
Ruega, como el Profeta, que dirija
Su planta en la mansion en que lo adora;
O le causa pavor el pensamiento (10)
De verlo y de morir en el momento?

XXXI.

¿Es respeto ó temor quien la detiene?
¿En la casa de Dios es gozo ú llanto
Lo que piensa encontrar? Tal vez previene
El hijo de Leví plácido canto
Por recibir en triunfo á la que viene
Como la luna hermosa, ¡y ella en tanto,
Paloma simplecilla que se asusta,
Recela entrar en la mansion augusta!

XXXII.

Di por qué; y si es preciso, musa mia,
Para decirlo, remontar el vuelo,
Que no falte á tus alas osadía,
Encúmbra las ufana y sin recelo :
Tú cantas las angustias de María :
Ella será en tu ayuda. ¡ Arriba ! ¡ al cielo !
En la lira de Pátmos que allí suena,
Bebe divina inspiracion serena.

XXXIII.

Canta allí al Dios terrible á maravilla,
Y á maravilla pio y bondadoso ;
Canta aquel mar de gloria con que brilla
Sobre soles sin fin majestüoso ;
Dormido el rayo so la augusta silla,
Rigiendo la piedad su cetro hermoso ;
Y escucha al móvil que á la Virgen santa
Del templo en el umbral tiene la planta.

XXXIV.

Tras de esas nubes de carmin y grana,
Y de ese hermoso azul del firmamento,
Y de esa luna espléndida y galana,
Y de ese sol y de otros soles ciento :
Mas allá, mas allá, do eterno hosana
Se oye en eterno plácido concento,
Mora el que puede con quererlo solo
El mundo estremecer de polo á polo.

XXXV.

Como encendido de cristal brillante
Extenso mar, el centro allí fulgura
Donde tiene su asiento rutilante
El increado Sér : con luz tan pura
La esmeralda, el carbunclo, ni el diamante
No brillan, como su alba vestidura :
El iris lo circuye, y mil estrellas
Le forman pabellon de luces bellas.

XXXVI.

A su lado los rayos tremebundos,
Castigo de la impúdica Sodoma;
Los vientos y los truenos furibundos
Que solo su querer enfrena y doma.
Allí tambien los hálitos fecundos
Que regala á la aurora cuando asoma;
Allí las lluvias para el campo ameno,
Y aromas de las flores para el seno.

XXXVII.

Ante su trono veinticuatro ancianos
Con alba veste y con diadema de oro,
Le cantan con acentos soberanos
Tres veces santo en admirable coro:
Pasmados al mirar tales arcanos,
De majestad y gloria tal tesoro,
Caen prosternados, las augustas frentes
Inclinando hasta el suelo reverentes.

XXXVIII.

Entónces querubines divinales
Sueltan la voz en placentero canto,
Y al compas de las arpas celestiales
Repiten dia y noche el himno santo;
Incensarios de aromas eternals
Agitan cien mil ángeles en tanto;
Y vapor odorante en vaga nube
El solio de Jehová cubriendo sube.

XXXIX.

Mas de improviso el celestial concento
Se suspende; mil truenos y fulgores
Brotan del sacro diamantino asiento,
Pasmando á los celestes moradores;
El serafin se cubre en el momento
El rostro con sus alas de esplendores;
Y la mansion retiembla de la vida
En sus áureos cimientos conmovida.

XL.

El Altísimo habló : ya se escuchara
Entre el fragor del trueno majestoso ,
La voz omnipotente que formara ,
Con resonar, el mundanal coloso ;
Ni tiempo ni palabras empleara
Para hacerse entender, y ya el glorioso
Angélico escuadron se apresta ufano
A cumplir el decreto soberano.

XLI.

Al lenguaje del hombre traducido
El concepto eternal, así diria :
« Yo soy el Señor Dios, que he decidido
» Salvar al orbe de opresion impía :
» Para hazaña tan alta ha descendido
» Mi Unigénito al seno de María :
» Nació en Efrata, y á emprender se atreve
» La gran satisfaccion que se me debe.

XLII.

- » ¡Oh cuánto de fatiga y de tormento
- » Le ha de costar la redencion humana!
- » ¡Y qué mar de dolor y sufrimiento
- » Ha de beber su madre soberana!
- » Vedla allá abajo : vedla en el momento
- » Que en el santuario por entrar se afana :
- » Su corazon de madre le predice
- » Horrenda angustia. ¡Mísera! ¡infelice...!

XLIII.

- » Mas no es posible : cúmplase. Sus, ea,
- » Angélica cohorte ejecutora
- » De mi querer, desde hoy notorio sea
- » Que María va á ser co-redentora
- » Del linaje humanal; volad : que vea
- » De Simeon la mente auguradora
- » Cuanto está por venir, y dad consuelo
- » A la celeste Virgen en su anhelo.»

XLIV.

Otra vez y otra en cántico sonoro
Torrentes de armonía rebrotaron ;
Otra vez y otra el incensario de oro
Angélicos espíritus agitaron ;
Otra vez y otra en respetable coro
Los ancianos sus frentes inclinaron ,
Repitiendo al fijarlas en el suelo :
« ¡ Santo, Santo el Señor de tierra y cielo !

XLV.

¿ Quién no escuchó del viento embravecido
El terrible mugir , ó del torrente
Que el malecon opuesto ha derruido
El rebramar sin tregua , hondirugiente ?
Pues tanto fuera el fragoroso ruido
Que el escuadron angélico esplendente ,
De tornasol sus alas agitando ,
Al volar desde el cielo iba formando.

XLVI.

Y cual rauda bandada de palomas,
A las que apremia súbito y agita
Carnívoro milano, hasta las lomas
Desde el alto zenit se precipita :
Así, cohorte célica, tú domas
El espacio sin límite, y bendita
Al templo santo, del Señor recreo,
En un instante descender te veo.

XLVII.

Bajo el *ephod* purísimo y sagrado (11)
El peso de los años sostenia,
Con frente calva y respirar cansado
El anciano Simeon. Otro no habia,
De los hijos de Aaron, mas respetado,
De mayor santidad ni mas valía ;
Y en la casa de Dios eran modelo
De los levitas su virtud y celo.

XLVIII.

Del Ararát los copos en blancura
A su barba no vencen : ya no lanza
Vívido rayo su mirada pura,
Mas en ella el brillar de la esperanza
Con grata lumbre al parecer fulgura :
Que á su mente profética se alcanza
Que no debe morir sin haber visto
Nacer al mundo el suspirado Cristo.

XLIX.

Dormia Simeon, y de repente
Celestial paraninfo en sueños viera
Que le decia : « ¿ Y duermes indolente,
» Sacerdote de Dios, cuando te espera,
» En la puerta del templo, refulgente
» Toda la gloria que temblar hiciera
» De contento á Israel? ¿ Aun te detienes,
» Y al Leon de Judá tan cerca tienes?... »

L.

No sé si en el soñar, otros arcanos
El aarónida vió ; mas presuroso
A los párpados lleva entrambas manos,
Comprímelos convulso, y anheloso
Los abre, en redor mira, esfuerzos vanos
Por hablar hace, y por moverse ; ansioso
Suspira, llora, rie, y al momento
Cae postrado en el duro pavimento.

LI.

Pronto se alzó : con pasos desiguales
Del templo mide el ámbito extendido ;
Vislumbres de alegría celestiales
En su frente se ven ; el encendido
Labio despide acentos no cabales ;
Párase, corre, espera, atento oído
Presta tal vez, y en gozo soberano
Rebosa el corazon del justo anciano.

LII.

Ana tambien, la viuda profetisa
De la tribu de Aser honor preclaro,
A cuyo rostro asoma blanda risa
Hija de gozo inexplicable y raro,
Cantando va la gloria que divisa
Para Israel, y « ¡Oh pueblo, pueblo caro,
» Le dice : ¿yaces en molicie impía
» Cuando Jehová la redencion te envía? »

LIII.

En tanto, bella cual la rubia aurora,
Tímida cual la incauta cervatilla,
Por la casa del Dios que humilde adora
Se adelanta la Virgen sin mancilla.
La perla que en sus brazos atesora,
Como pudiera, ante Israel no brilla;
E Israel ni un perfume le previno,
Ni le arrojó una flor en su camino.

LIV.

No en el templo se oyeron arpas de oro
Al pisarlo María : no entonaron
Las cantoras de Geth en dulce coro
Los salmos que los ángeles dictaron
Al vate de Sïon, ni el gran tesoro
De célica armonía derramaron
Los hijos de Coré , cuya garganta
Al mismo cielo en su trinar encanta.

LV.

Solo un ¡ay! se escuchara de alegría
Por un viejo lanzado , y una anciana.
El era Simeon, que ya corria
Cual niño hácia la Virgen soberana :
Ella, que ebria de gozo parecia,
Era la viuda profetisa Ana.
¡Oh! los dos llegan en feliz instante
Al dulce objeto de su amor constante.

LVI.

¡Encuentro aquel de sin igual ternura!
¿Quién lo podrá decir? ¡Oh! Complacido
El mismo Jehová desde la altura
Lo contempla, y sonríe : ha recibido
Su sacerdote la oblacion mas pura
Que le ofreció jamas, y el templo henchido
Se ve de aroma y luz que de repente
Inunda el tabernáculo esplendente.

LVII.

Prostérnase Josef, el dulce esposo
De la flor de Sion, y ataviada
De cintas de color con lazo hermoso
Ofrece á Dios el ave inmaculada.
Prostérnase María, en el dichoso
Anciano siempre fija una mirada,
Con que le dice humilde y conmovida :
«Volvedme pronto el Hijo, que es mi vida.

LVIII.

¡Virgen de Nazaret! ¿Qué te impacienta?
Deja á ese justo que extasiado admira
El bien que apénas en su edad sustenta.
Déjale que se goce : á poco aspira
Ya en su vivir cansado : agora alienta ,
Que su postrer contento es el que mira :
Cisne que va á morir, deja que en tanto
Alce ardiendo en amor su último canto.

LIX.

« ¡ En paz , Dios y Señor , en paz ahora
» Dejas ir á tu siervo hasta la tumba ,
» Cumplida tu palabra salvadora
» Que aun en mi oído con placer retumba!
» Mis ojos vieron ya la encantadora
» Dicha que desde el cielo se derrumba
» Sobre Israel y el mundo placentera :
» Ya en paz, Dios y Señor, tu siervo muera ! »

LX.

Tal dijo Simeon : su labio mudo
De repente quedó, y en largo instante
Sola una voz articular no pudo
Embebido en mirar al tierno infante.
Por fin se agita en movimiento rudo,
Y una lágrima brilla en su semblante :
Tembló María al verla, y se apagaron
Las vivas rosas que en su faz brillaron.

LXI.

Y « ¡Dadme el Hijo, Sacerdote santo ! »
Clamó, y los brazos la infeliz tendia,
O de pronto los pliegues de su manto
Por esconderlo entre ellos prevenia.
« Tómalo ; pero ¡ ay ! que eterno llanto
» En él, y dicha eterna el cielo envía ;
» Y por él, pobre madre, ya clavada
» Miro en tu seno del dolor la espada ! »

LXII.

No dijo mas, y se ausentó el vidente;
Y al punto un ángel el opaco velo
Rasgó de lo futuro ante la mente
De la amorosa Madre, que en el suelo,
Mármol que dichas ni dolores siente,
Quedó estrechando sin fatal recelo
Al Hijo encantador. ¡Ave perdida!
Aun no te quejas, pero estás ya herida.

LXIII.

¡Ay de la flor que en la natal ribera
Ostenta ufana su esplendor hermoso,
Si oculta entre su gala placentera
El diente agudo viborezno odioso!
¡Ay de la cervatilla que lijera
Vuela del prado hácia el confin umbroso
Si al seno inofensivo lleva adjunta
De aguda flecha envenenada punta!

LXIV.

¡Oh María, flor bella entre mil flores!
Ya el áspid del dolor tu pompa humilla.
¡Oh María! No vieron los pastores
De Bether tan hermosa cervatilla
Como tú, y en funestos resplandores
Ya arpon terrible en tu costado brilla.
El ángel del dolor ¡oh Virgen pura!
Ya te ha vestido el manto de amargura.

LXV.

¡Ay, ay, que deja su estupor insano
La madre infortunada!... Vedla : al seno
Lleva ¡infelice! la convulsa mano :
Allí siente el dolor : allí el veneno
Que vertieron los labios del anciano,
Rásgale el corazon de amores lleno,
Y parece que allí, cual impia garra
Se adhiere, y lo comprime, y lo desgarrá.

LXVI.

Terrible, abrumadora es su agonía :
Sus dolores, de muerte : interminable
Ante sus ojos la angustiosa vía
Que debe recorrer : mar insondable
De pena, cuyas olas á porfía
Entran hasta su alma, la impalpable
Aura que la circuye.... ¡Y no hay en tanto
Quien dé un consuelo á su letal quebranto!

LXVII.

¡Oh! ni puede llorar. Los rizos de oro
Aparta de su faz convulsamente,
Y estática contempla su tesoro,
Ya para el alma de dolores fuente.
Si sonríe su Niño, amargo lloro
Parécele que anuncia; y en su frente
Hermosa, pura, celestial, divina,
Hincada piensa ver terrible espina.

LXVIII.

Y cuando al beso maternal se lanza
Queriendo ansiosa adormecer su pena,
¡Ay! no el dulzor indefinible alcanza;
¡Ay! no el tormento abrumador enfrena.
Le parece ¡oh dolor! que aguda lanza
Trunca del Hijo la beldad serena :
Le parece ¡oh dolor! que ya lo mira....
Que en mar de sangre atormentado espira.

LXIX.

Y un ¡ay! desgarrador en grito agudo
Retumbó hasta en la bóveda sombría.
¡El mismo cielo comprender no pudo
Cuánto aquel ¡ay! llevaba de agonía!
Escuchólo Josef de espanto mudo :
Y el dolor de su esposa no entendia ;
Que en lo futuro su confusa mente
No vió, cual ella, tempestad rugiente.

LXX.

«¡Hijo mio! ¿eres tú?... —la madre hermosa
Murmuraba en tristísima dulzura : —

- » ¡Hijo mio!.... ¡Oh señor! su faz de rosa,
- » Que es mi delicia y única ventura,
- » ¿Será acaso?... ¡ay, no, no! Ved cuál rebose
- » En su labio de amor sonrisa pura...
- » ¡Dios de Abraham y Jacob, bondad cumplida
- » ¿No veis á mi Hijo, oh Dios, Dios de mi vida

LXXI.

- » ¿Y no veis mi dolor y la honda valla
- » De hiel que me circunda?.... Desvarío :
- » Vuestra sierva, Señor, pronta se halla :
- » Regid su voluntad y su albedrío ,
- » Mas dejadla llorar... ¡ay, calla, calla!
- » No llores tú también ; calla, Hijo mio...—»
- ¡Tormento sin igual, atroz tormento!
- ¿Cómo lo ha de expresar humano acento?

LXXII.

En el raudal de vida que en el cielo
Del mismo trono del Excelso brota,
Angel de luz en presuroso anhelo
Llenó áurea taza de hermosura ignota ;
Y volando á la Virgen sin consuelo ,
Rocióle el corazon con dulce gota ,
Que impidió que en la fuerza del quebranto
No la envolviese de la muerte el manto.

LXXIII.

La reina del dolor desfallecida,
De sufrimiento y de constancia ejemplo ,
Besó á su Niño , suspiró , y seguida
De su esposo Josef salió del templo.
¡Ay! mi ánima tambien queda rendida
De compasion , cuando su mal contemplo.
No mas , musa , no mas : suspende agora
Tu fúnebre cantar ; y llora , llora.

CANTO SEGUNDO.

LA FUGA.

SUMARIO.

El Infierno. — Se agitan los ángeles malos al escuchar el decreto del Eterno decidiendo la redencion del mundo. — Pareceres de varios demonios para oponerse á ella. — Discurso de Luzbel. — Aprobacion de sus designios. — Para ponerlos en planta suben á la tierra los espíritus infernales. — Heródes. — Degollacion de los inocentes. — Uno de estos, convertido en ángel, avisa á los santos Esposos del peligro de Jesus. — Huye la Sacra Familia en la oscuridad de la noche. — Se pierde. — Al nacer la aurora, vese junto á Belen. — Susto y dolor de la Virgen. — Fuga hácia Egipto.

CANTO SEGUNDO.

LA FUGA.

*Ipsa autem gemens conversa
est retrorsum.*

Jerem. Tren, cap. 1, v. 8.

I.

A lo profundo del abismo horrible
Do entre males eternos se suspira ,
Do la justicia de Jehová terrible
Vertió las siete copas de su ira ,
Llegó la voz aquella indefinible
Que al mismo querubin de pronto admira ;
Y al retumbar en la mansion del llanto ,
Estremecióla de furor y espanto.

II.

« Yo soy el Señor Dios, que he decidido
Salvar al orbe de opresion impía.... »
Como el eco del trueno confundido
Al rebramar de tempestad bravía,
En el infierno retumbó encendido
El eco de esta frase hermosa y pia :
« ¡ Maldicion, maldicion !... » en el momento
Gritó Luzbel desde su horrible asiento.

III.

Y rimbombando el tremebundo grito
Por las hondas cavernas infernales,
Repítenlo en fragor tan inaudito,
Con rabia tal y con acentos tales
Los ángeles rebeldes, que el maldito
Señor de aquellos cóncavos fatales
Hizo asustado un ademan horrendo
Para calmar el furibundo estruendo.

IV.

«Mis príncipes, callad : necio alarido
» No al inminente mal dará remedio ;
» Y si *AQUEL es quien es*, poder cumplido
» Para poner al mundo horrible asedio
» A mí no ha de faltar : ya decidido
» Tengo en mi mente el oportuno medio.
» Atended, atended : por quien soy juro,
» Que hoy nuestro imperio quedará seguro.»

V.

Y aquí, por acercarse al solio infando
Do la soberbia y la maldad rebosan,
Los malditos sus alas agitando
El prescrito silencio romper osan.
¡Oh con qué grito en apiñado bando
Se empujan, y se muerden, y se acosan,
Sin respeto, sin ley, sin Dios, sin freno,
Vomitando blasfemias y veneno!

VI.

Satan, ¡válame Dios! Satan tremendo
Quiere que convertidos en serpientes
Los moradores del lugar horrendo
Invadan la ancha tierra diligentes;
Y gritaba feroz, al hombre viendo
Víctima ya de sus rabiosos dientes,
Como lo viera con delicia impía
Allá cerca de Edom en negro día (1).

VII.

Allí Nemrod, y Onam, y Ur, y Timego
Piden la tierra abrir, sorber al mundo;
Balac y Belcebú proponen luego
En negra lluvia de betun inmundo
Al orbe sumergir; el vivo fuego
En resultados hórridos fecundo
Amán y Asur prefieren; guerras este;
Aquel hambre furiosa; el otro peste.

VIII.

A furia tal y á confusion tamaña,
Levántase Luzbel en ira envuelto ;
Y el cetro pesadísimo , cual caña
Lijera , arroja hácia el tropel revuelto.
Brilló en su faz inconcebible saña ,
Alzó los brazos , y en el aire suelto
Meciendo el sucio manto , parecia
Fantasma horrible en actitud bravía.

IX.

Y tal rugido el labio retemblante
Llegara á despedir , y fué tan recio
El crugir de sus dientes , que al instante
Calmar se oyera el alarido necio
De la turba infernal. Luego arrogante
Feísimo visaje de desprecio
Y de furor reconcentrado hiciera ,
Comenzando á decir de esta manera :

X.

- « ¡ Malditos ! ¿ no mirais que intento es van
» Cuanto osais proponer ? ¿ Qué serviria
» Al orbe aniquilar , si de la mano
» *Del que nombrar no quiero* brotaria
» Otra vez y otra fúlgido y lozano ?
» ¡ Oh ! y cómo el furor ciego os extravía !
» No al mundo , á su Hacedor , y con premura
» Débese hoy dirigir nuestra bravura.

XI.

- » Ya no está encastillado allá en su cielo
» Niño y sin rayos en Salen ya mora ;
» Ya no tiene á Miguel que con desvelo
» Blanda en su pro la espada triunfadora :
» ¡ Espada para mí de eterno anhelo !....
» Mis príncipes , no mas. Esta es la hora :
» De las tinieblas el poder subido ,
» Hoy , como nunca , brillará encendido.

XII.

- » Y si tal vez por artes que yo ignoro ,
 » Contra ese Niño nuestro esfuerzo cede ,
 » Empleemos la astucia : acerbo lloro
 » Por las mejillas de su Madre ruede.
 » Es mujer : será débil, su tesoro
 » Viendo en peligro, y logrará que quede
 » Sin cumplir esa orden ominosa
 » Que así excitara nuestra furia ansiosa. »

XIII.

Dijo : y al punto en retronante grita
 La diabólica turba alborozada
 Sus alas hediondísimas agita,
 En vítores y aplausos desatada :
 Hacia el mundo en tropel se precipita,
 Como por recio vendabal llevada
 Se precipita la tormenta fiera,
 Relámpagos lanzando adonde quiera.

XIV.

¡ Cuál salvando el confin del sucio lago,
Y hendiendo las tinieblas eternas,
Llevan en un instante el fiero amago
Del valle de Tofet á los umbrales (2) !
Brotan por él con horroroso estrago
La multitud de espíritus infernales,
Y dirigida por Satan terrible,
Vuela á Jerusalem, torva, invisible.

XV.

¿ Adónde van?... ¡ Oh Dios! la musa mia
No los puede seguir. Tal vez rehacio,
Y del milano con la calma impía,
El horrendo escuadron en el espacio
Contemplando su víctima estaria :
Tal vez del mismo Heródes al palacio,
O á la santa Sion... Mas tente, ¡ oh musa!
La senda por do vas harto es confusa.

XVI.

¡Oh Señor! ¿Qué será del mundo hermoso
Si tú no lo proteges, tú, Dios bueno,
Que al sol vistes un manto luminoso,
Otro á la noche de luceros lleno,
Y otro á la tierra en flores abundoso?
Mira, Señor, que con su hediondo cieno
Tu obra dichosa macular procura
Del Angel malo la soberbia dura.

XVII.

Bajo arteson de cedro relumbrante,
De oro, y marfil, y nácar embutido;
Sobre pérsica alfombra, y de brillante
Muro de mármol blanco circũido,
El Rey de la Judea está arrogante,
De seda y tiria púrpura vestido,
Y ante él difunden plácidos aromas
Incensos de Sabá, de Arabia gomas.

XVIII.

El pié, con perlas rico, y adornado
Con el metal de Ofir, clavó improviso
En medio del real suntuoso estrado,
Y los brazos cruzó: cual si indeciso
Alta resolución para su Estado
De interés sumo, apremiador, preciso,
Meditando estuviera. Parecía
De mármol regia estatua inmoble y fría.

XIX.

Súbito alzó los ojos: su pupila
Brilló con luz de indefinible agüero,
Y exclamó: «¿Será cierto?... ¿á qué intranqui-
» Se angustia el alma con afán rastrero,
» Si quimeras no mas entorno apila?...
» De aquellos magos el anuneio fiero
» No pudo ser verdad. ¡Osar un niño
» A mis hombros robar el regio armiño!

XX.

- » ¡Oh no, no puede ser!... Pero dijeron
» Los sabios que no há mucho consultara,
» Que en Belen de Judá, cual predijeron (3)
» Cien profetas y cien, la hermosa vara
» De Jesé flor daria... Mas mintieron,
» Mintieron los videntes. ¡Y esa clara
» Estrella que mis ansias acrecienta!....
» Si no miente tambien, yo haré que mienta

XXI.

- » ¿Para qué es mi grandeza y poderío?
» ¿Y he de partir el cetro de Judea?
» No, que tengo soldados de alto brio;
» No, que en mi diestra el rayo centellea:
» Omnipotente soy: perezca impío
» Ese pueblo fatal.... ¡grandiosa idea!
» Yo estrellaré á sus hijos en su cuna,
» Y al Niño rey encontraré en alguna. »

XXII.

Es fama que al lanzar en ronco acento
Esta bárbara frase el rey tirano,
Rugido horrible retumbó en el viento,
Y estremeció el alcázar soberano ;
Y que raudo salió del aposento
Tan espantable y hórrido milano,
Que el mismo Heródes , de temible agüero
Creyólo, y de Satan trasunto fiero.

XXIII.

¿Y quién sabe?.... Tal vez nose engañaba
En su creencia el rudo Ascalonita,
Y Satan es quien de inspirarle acaba
El atroz pensamiento que medita.
Ordena al punto en su demencia brava
Que se ejecute. ¡Oh ceguedad maldita!
¡Crudeza sin ejemplo! Musa, en tanto
Preven para contarla acerbo llanto.

XXIV.

Era la noche : encapotado el cielo
No al rayo de una estrella concedia
Llegar hasta Belen : tupido velo
La Ciudad y sus bosques envolvía,
Y sus hijas lograban el consuelo
Tan grato en pos del afanar del día,
Gozando incautas de feliz reposo
Abrazadas tal vez al hijo hermoso.

XXV.

¡Cuántos sueños de amor y de ventura
Ruedan de tierna madre por la frente,
Cuando dormida junto al hijo apura
De ilusiones sin fin perene fuente!
Ya padre de otros hijos lo figura;
Ya lo mira en proezas eminente:
Ora jóven gallardo, ora ya viejo,
Rico, feliz, prudente en el consejo.

XXVI.

Sueña, y lo llama rey, en el delirio
Del maternal amor embriagada ;
Vuelve á soñar, y viendo el manto tirio
En los hombros del hijo, mas se agrada ;
Sueña otra vez, y como el blanco lirio
A los soplos del aura regalada,
Así se agita, y con amante exceso
Busca en su tierno rey cándido beso.

XXVII.

¡Ay de la rosa que en Belen ufana
Muestre el lindo capullo junto al seno ;
Que no brillará al sol de la mañana
Con su pimpollo en el jardin ameno !
¡Pobre flor, pobre flor ! ¿ á qué temprana
Fresco retoño de perfumes lleno
Al mundo regalaste, si debia
Víctima en breve ser de furia impía ?

XXVIII.

De entre las negras sombras se destacan
Súbito, como tigres carniceros
Cuando á redil inofensivo atacan,
Del ciego Heródes los soldados fieros.
Torvos el hierro relumbrante sacan;
Y la Ciudad dormida sus aceros
Invaden, en lo oscuro exterminando
Cuanto se ofrece á su furor infando.

XXIX.

No pasara un instante, y grito agudo
Del centro de Belen brotar se oyera....
¡El ángel de los ecos, de horror mudo,
No el grito aquel reproducir pudiera!
¡Belen, Belen! á tu martirio rudo
Ya no hay consuelo, ni á tu angustia fiera.
¡Raquel! ¿dó están tus hijos? Llora, clama,
Llene tu voz los ámbitos de Rama.

XXX.

¡ Oh quién contar podrá los alaridos,
Los dolores de muerte, los lamentos,
La confusion, la rabia, los gemidos
Que hicieran retemblar en sus cimientos
A la infeliz Ciudad! De horror transidos
Quedar debieran los verdugos cruentos
Si fueran hombres ; mas sin duda alguna
Espíritus son de la infernal laguna.

XXXI.

Vagando por las calles, do quier ceban
Los terribles aceros damasquinos :
En pos cien madres, como hienas, llevan
Ante ellos otras cien que sus destinos
¡ Miseras ! con la fuga á evitar prueban :
Y en tanto los horrendos asesinos,
Entreabiertas aun, al viento arrojan
Las bellísimas flores que deshojan !

XXXII.

Y como el tierno lirio que aun conserva
(Cortado ya) la gota del rocío,
Tal lindo pequeñuelo allí se observa
Que la gota del néctar dulce y pio
Blanca retiene ante la herida acerba,
De roja sangre continuado rio....
¡Qué horror, gran Dios!... ¡Y tu tremenda ira
En torno de los bárbaros no gira!

XXXIII.

Truena, Señor : tu omnipotente mano
Ábrase, y brote exterminante plaga :
Ni quedará memoria del tirano
Si encendida tu cólera le amaga.
Señor, brille tu esfuerzo soberano,
Y esa falanje con fragor deshaga :
Las de Senaquerib, que eran sin cuento,
Pulverizó tu diestra en un momento.

XXXIV.

¿Y en tanto qué haces tú, linda paloma
¿Qué haces tú? dónde estás?... Enfurecido
Relámpago fatal la frente asoma
Con crin de fuego, y á abrasar tu nido
Veloz desde la altura se desploma :
¡María! ¿No lo ves? brilla encendido
Entorno á tí con rutilante sesgo,
¿Y duermes sin saber cuánto es tu riesgo?

XXXV.

¡Si esa cohorte de Satan amiga
A saber llega que en Sion la santa,
Con el tesoro que su rabia instiga,
¡Oh Madre Virgen! se fijó tu planta!
Angeles que la veis, ¿no hay quien le diga
Su inminente peligro? ¡Oh Dios! me espanta
El ver junto á un abismo tan profundo
La dicha, y gloria, y libertad del mundo.

XXXVI.

Pero el Señor es grande á maravilla ,
Y su poder sin límites ni tasa.
Del mismo Heródes la feroz cuchilla
Que al tierno infante sin piedad traspasa,
Un ángel , cada vez que horrenda brilla ,
Remite al cielo , y multitud no escasa
De ministros de Dios forma sin duda ,
Que á la flor de Sion preste su ayuda.

XXXVII.

Bajo techo modesto , candorosa
El sueño de los ángeles dormia
Del dichoso Josef la tierna Esposa
Abrazando la luz de su alegría.
De María y del Hijo aura de rosa
Entorno algun querube agitaria ,
Guardando de ambos con feliz empeño
El inocente descuidado sueño.

XXXVIII.

Y en próximo aposento reducido,
Sobre el humilde manto de artesano,
Tambien Josef dormia, ya rendido
Del trabajar penoso cotidiano.
Tal gozaba el descanso apetecido
Allá en lo antiguo el patriarca anciano :
Tal Jacob reposó cuando irradiosa
En sueños vió la escala misteriosa.

XXXIX.

Y hé aquí que de repente su morada
Con luz, como del alba cuando asoma,
Soñando ve Josef iluminada,
Y difundiendo celestial aroma.
Una tierna figura y delicada
Los visos del fulgor dirige y doma
Vestida de purísimos albores,
Y odorante la sien con blancas flores.

LX.

Sobre sus niveos hombros descendia
En rizos de oro sin igual madeja :
En su frente brillaba la alegría :
Su faz lirio purísimo semeja :
Su cuello de alabastro descubria,
Cual sarta de rubís que al sol refleja,
Reciente herida ; y en su tierna mano
Palma de mártir ostentaba ufano.

XLI.

« Josef, Josef, despierta : Josef, mira
» Que en torno ruge tempestad horrenda,
» Y Heródes mismo á aniquilar conspira
» Tu mas preciosa delicada prenda.
» ¿ Ves en mi cuello el signo de su ira ?
» Pronto : pronto , á la fuga te encomienda :
» Toma al Hijo , á la Madre , y encubierto
» Huye veloz al áspero desierto. »

XLII.

Dijo ; y tal se exhaló la vision pura ,
Como el perfume de la flor se exhala ,
Cuando mecida en la feraz llanura
Al viento matinal rinde su gala.
Josef la copa de estupor apura ,
Y á su estupor su confusion iguala :
Bendijo á Dios , y en ansia presurosa
Entró en el aposento de su Esposa.

XLIII.

Bella como la luna que se mece
Sobre níveo lucero reclinada ,
Y en las alturas nítidas parece
Entre crespones fúlgidos velada ,
Ve Josef á su Esposa , y se estremece
Al ir á perturbar su calma ansiada ;
Y tres veces se acerca , y se retira
Tres veces , y á llamarla va , y suspira.

XLIV.

Pero se esfuerza al fin, y rompe en voces
De que él mismo se asusta, y anhelante

« ¡María! — repitió : — que no conoces

» El peligro que cerca á nuestro Infante :

» ¡María! huyamos : álzate, y veloces

» Huyamos al desierto en el instante :

» Dios nos lo ordena: un ángel me lo dijo:

» Heródes viene á devorarte el hijo... »

XLV.

« ¡El Hijo!... ¡Santo Dios! » despavorida

Gritó la Madre despertando, y lanza

Atras el manto, y en pavor sumida

Al inocente Niño se abalanza,

Y lo esconde en su seno, y confundida

Su turbacion á moderar no alcanza :

Corre al confin del aposento, vuelve,

Teme ocultarse, á huir no se resuelve.

XLVI.

Llora en esto el Infante, y mas provoca
La angustia de la Virgen desolada
Que con su mano la inocente boca
Sella improvisto de terror cercada.
La dura entraña de la inmane roca
Al contemplarlo viérase ablandada.
¿Y á tanto afan, á padecer tan vivo,
No has de haber ¡ pobre Madre ! un lenitivo

XLVII.

« Cálmate, Esposa mia : el justo cielo
» Nuestra inocencia amparará benigno
» (Josef decia), y en lejano suelo
» Nos dará disfrutar reposo digno.
» Templa ¡ oh María ! el hondo desconsuelo
» Nuestro padre David terrible signo
» De muerte con la fuga evitar pudo,
» Y la cueva de Engadi fué su escudo.

XLVIII.

»¿Y otra cuevano habrás do libre el seno
»A respirar entre dulzuras llegue,
»Y de ansiedades y de susto ajeno,
»A delicias sin término se entregue?
»Sí, sí, María: nuestro Dios es bueno:
»Huyamos pronto, y cuando el alba riegue
»Con torrentes de luz la tierra, léjos,
»Léjos de aquí nos hallen sus reflejos.»

XLIX.

Aun cerradas las puertas del oriente,
El ángel de la noche dirigia
Por diversos caminos á occidente
Mil luceros y mil: lo mismo guia
Desde escarpada roca y eminente
El pastor al rebaño, si lo envía
Al redil conocido. Silenciosa
Salen en tanto, y adormida posa.

L.

Por sus desiertas calles no vagaba
Ni una sombra tan solo : no el ladrido
Del can vigilador, no se escuchaba
De las nocturnas auras el gemido :
Jerusalen envuelta se mostraba
En letargo profundo : así abatido
Tras el rigor de siesta calurosa
El segador de Bersabé reposa.

LI.

Mas ¡ay! hendiendo la tiniebla oscura,
¿Adónde van dos míseros mortales
Sin luz, sin guia, y en angustia dura
Gemidos alanzando desiguales?
El uno en vivas ansias asegura
Contra el seno un tesoro entre pañales ;
Y el otro en rudo báculo se apoya,
Del peregrino inestimable joya.

LII.

¡Cómo en su andar confuso, atropellado,
Se nota el miedo que sus pasos rige,
Y en su afanoso respirar cansado
La fuerte turbacion que los aflige!
La calle y plaza, y pórtico enlutado
Cruzan en un momento, y se dirige
Todo su afan á la ferrada puerta
Que un ángel, por ventura, dejó abierta.

LIII.

Lánzanse al campo, y al mirar en torno
Sombras y oscuridad, perdido el tino,
Recorren veces mil aquel contorno,
Y veces mil los vuelve su destino
A punto igual. Entónces al adorno
De luceros sin fin, con que el divino
Poder los altos cielos atavía,
Alzan la frente en hórrida agonía.

LIV.

Y un suspiro lanzando comprimido
Se acercan uno al otro silenciosos,
Asustados acaso del gemido
Del aura entre los árboles frondosos.
Ya aperciben temblando atento oído,
Ya vuelven al camino presurosos,
Y al fin entrambos por torcida senda
Corren ¡ay Dios! en ansiedad horrenda.

LV.

Ordena ya el Eterno que lozana
La luz del día su fulgor remonte,
Y ved que entre celajes de oro y grana
Mírase purpurando el horizonte.
Perlas esparce al viento la mañana,
Presta luz y verdura al alto monte,
Y flores arrojando de su falda,
Viste al prado su manto de esmeralda.

LVI.

Mas ¡ah! la Virgen, con Josef y el Niño,
¿No es aquella que vaga encantadora
El pié moviendo afrenta del armiño,
Al tibio relumbrar de blanca aurora?
Ella es, ella es : mirad su aliño :
Los céspedes que pisa no desdora....
Pero ¡cielos! ¿dó va? Madre angustiada,
Deten, deten la planta acelerada.

LVII.

Con tanto revolar, linda gacela,
Estás junto á Belen : ¿no oyes, hermosa,
Ese clamor que por las auras vuela?
Brotó sangre del suelo ; y horrorosa
De atroz buitre la garra acecha en vela,
Y te ha visto tal vez, y ya te acosa....
¡Ay, ay! huye veloz al bosque umbrío ;
Huye veloz de su furor impío.

LVIII.

Hiere el oído de la Virgen santa
El angustioso y triste clamoreo
Que la ciudad misérrima levanta,
En el cenit mezclándose al gorgéo
Del coro de aves que á la aurora canta.
¡ Madre infeliz ! ¡ Oh cuál temblar la veo,
Desfallecer, estremecerse y muda,
No poder devorar su pena ruda !

LIX.

En tan tremendo y azaroso instante,
Batallando entre horribles agonías,
Verse ansiara en el centro palpitante
Que á Jonas contuviera por tres dias.
Josef pasmado observa no distante
La entrada de una cueva, entre sombría
Juncias envuelta y lóbreguez profunda,
Y á ella guia á su Esposa moribunda.

LX.

Al pisarla María centellaron
De la gruta los cóncavos oscuros ;
Y cual diamantes vívidos, brillaron
Entre el musgo pendiendo de sus muros
Cien diáfanas gotas ; y brotaron
Dulces aromas y perfumes puros
De entre las grietas ; y se oyeron trinos
Como de ruseñores peregrinos.

LXI.

¿Sería que allí ocultos esperasen
Mil querubes y mil á su Señora,
Y que al verla solícitos brillasen
Preludiando en el arpa encantadora ?
¿O sería tal vez que suspirasen
Hasta las piedras al mirar cual llora
La Virgen celestial, que las cubriera
De fulgor al mirarlas placentera ?

LXII.

Deja, deja ilusiones del deseo ,
Sagrada musa ; y di cómo se queja
En el antro escondida, húmedo y feo,
La tierna Madre cuya faz refleja
La imágen del dolor. ¡ Oh cuál la veo
Que á la tórtola viuda se asemeja ,
Cuando entre breñas de dolor transida
A su dulce mitad llora perdida !

LXIII.

« ¡ Hijo mio, hijo mio ! ¡ Cuán en breve
» Se cumple la tremenda profecía !
» Hé aquí la espada cuya punta aleve
» Ya siento atravesando el alma mia.
» Jesus , mi dulce bien , tu madre bebe
» Sorbos de mirra de amargura impía,
» Y contenta y feliz, si es que no toca
» El insano licor tu linda boca.

LXIV.

» Si lloras, si padeces, amor mio,
» No lo podré sufrir; y agonizando
» En perpetuo, terrible desvarío
» Mil veces moriré... Su sueño blando,
» Señor, dilata agora afable y pio,
» Mis esfuerzos y afanes amparando :
» No despierte y su lloro hunda mi calma,
» En mar de angustias anegando el alma.»

LXV.

Así lloraba la sin par hermosa ,
Y sin par aflijida Nazarena ,
Y el eco de la estancia cavernosa
Los ayes repetía de su pena.
Josef el miedo y susto de su esposa
Con solícito afán calma y enfrena :
Cautó salió, y ufano, y con premura
Volvió guiando humil cabalgadura.

LXVI.

« Sosiégate, mi bien : que los amagos
» Evitarémos de la atroz cuchilla.
» ¡ Oh cuán fecunda en hórridos estragos
» En la triste Ciudad su furia brilla !
» Mas ya con aquel oro de los magos (4)
» He adquirido esta pobre jumentilla
» Que á salvo te conduzca : vén, volemós
» En otras peñas nuestro nido harémos. »

LXVII.

Josef dijo ; y á poco se le viera
Al animal mansísimo guiando,
Ya cruzar por el áspera ladera,
Ya por los hondos valles caminando.
Cabalgaba la Vírgen hechicera
Meciendo al Hijo, á quien de vez en cuando
Un beso y una lágrima dejaba
En la inocente faz, y suspiraba.

LXVIII.

Pone un pesar en el primer instante
El alma á quien oprime aletargada ;
Y embota á veces su aguijon punzante
Para volver á herir con furia airada.
Vigor préstale entónces anhelante
Por desgracia la mente acalorada ;
Y el dardo atroz volviendo y revolviendo ,
Va la herida fatal encrudeciendo.

LXIX.

Así Jacob mirando de hora en hora
De su hijo la túnica sangrienta ,
Piensa mirar tambien cual lo devora
La fiera , y mas y mas su pena aumenta ;
Así Job el paciente gime y llora ,
Y el rigor de sus males acrecienta ,
A su mismo dolor mil vueltas dando ,
Y sus fases diversas contemplando.

LXX.

Y así tambien María. Un tanto ajena
Del profundo estupor, su pensamiento
Que por sus males vaga, ya no enfrena,
Y aviva veces mil su atroz tormento.
¡Quién los quilates de su horrible pena,
Quién podrá valorar, en el momento
En que pensó con amargura impía
Que el pan del desterrado comería!

LXXI.

Llegaba á trasmontar alta colina,
Y párase, y el rostro atras volviendo,
Ve por última vez la Palestina,
Y en dolor agudísimo gimiendo,
«¡Oh mi patria, mi patria peregrina!...»
Dijo, y no mas, mil lágrimas vertiendo.
¡Qué amargo adios su pecho destrozado
Daba en silencio á su pais amado!

LXXII.

A poco «Josef, mira ; Josef, mira :
» ¡Nazaret!.. ¡y Salén!—María exclama;—
» Y el Cisón, y los bosques do suspira
» De continuo la tórtola, y derrama
» Sus perfumes la flor, y el querub gira!...
» — ¡Mas no ves á Belén?» Josef le clama;
Y ella : « Huyamos.. ¡gran Dios!» Y descendieron,
Y en llanto el suelo de la patria huyeron.

LXXIII.

Vé á Egipto á devorar tu sentimiento,
Madre infeliz : que ajeno de atavíos
Llego á colgar el fúnebre instrumento
De los extraños babilonios ríos
Entre los sauces : callará mi acento :
Lágrimas suplirán los cantos míos ;
Y huyan de mí las flores celestiales,
Si olvido, ó Reina, tus acerbos males.

CANTO TERCERO.

LA PÉRDIDA.

SUMARIO.

Después de un largo destierro vuelven los Esposos á Nazareth, con su Hijo. — Su vida feliz en este tiempo. — Llegada de la Pascua. — Romería á Jerusalem. — Comen el cordero pascual. — María y Josef regresan á su morada. — Pierden al Hijo. — Angustia de ambos Padres, y afanes de María por encontrar á Jesús. — Los dos Esposos vuelven á Jerusalem, y hallan á su Hijo en el templo disputando con los doctores de Israel.

CANTO TERCERO.

LA PÉRDIDA.

Longe factus est à me consolator
convertens animam meam.

Jerem. Tren. cap. 1, v. 16.

I.

Pasa el invierno : el ángel que lanzaba
Copos de blanca nieve en las alturas ,
Al cielo empíreo de volar acaba :
Otro llega vertiendo rosas puras
Cuando ríe el abril : luego el que grava
La tierra en julio con angustias duras ;
Y despues el que á octubre tan opimos
Concede liberal áureos racimos.

II.

Pasa la tempestad : el sol mas bello ,
Y mas radiante hácia la tierra envía
De sus luces purísimo destello :
La tierra con mas pompa se atavía ;
La flor de un nuevo sér ostenta el sello ;
Su voz el ave en la enramada umbría
Vuelve á soltar , y el aura placentera
A jugar torna en la feraz pradera.

III.

¿Qué hay de estable en el mundo ? Huye la hora
De esparcir fecundísima simiente (1),
Y de colmar la troj halagadora :
El tiempo de gemir corre igualmente
Que el de mover la planta bullidora
En alegre danzar : tan velozmente
Pasa el dia de ver patria cabaña ,
Como aquel de vagar por tierra extraña.

IV.

Tambien pasó el peligro que arrancara
De orillas del Císon su linda rosa :
La copa de sus crímenes avara
Llenó Heródes cruel, y hórrida losa
Sus restos hediondísimos tragara :
Miróle Dios ; él vaciló, y odiosa
Dejó solo en el mundo su memoria,
Borron eterno de la humana historia.

V.

Peregrina en su patria vagó un día (2),
Del destierro al llegar, la Vírgen bella,
Buscando en Nazaret la mansion pia
Do tantas veces descansó su huella.
¡ Oh cuán mudada la encontró María !
¡ Oh cuán mudada la encontró de aquella
Do reposaba cuando el ángel vino,
Y alto mensaje le anunció divino !

VI.

Hendido en partes el humilde techo (3)
Contra la lluvia equinoccial no abriga :
Truncado el muro , y el lindar deshecho
Do quier los cubre la punzante ortiga :
La paloma silvestre el blando lecho,
Siempre de quieta soledad amiga ,
Solicita fabrica en la morada
Do hubo el suyo la hermosa desterrada.

VII.

¡Oh con qué asiduidad trabajaria ,
Por componer su nido , la paloma
Que desde Egipto á Nazaret volvia
Anhelando aspirar mas grato aroma !
¡Cómo su corazon dilataria
Al ver el sol desde la patria loma !
Y ¡cuán dulce no fuérale el tranquilo
Centro pisar de su inocente asilo !

VIII.

Ya encadenó potente el Dios eterno
Del orco infando las pujanzas viles :
Burlada vió su furia el hondo infierno,
Y en paz vivir el mundo entre pensiles :
Ante Dios y los hombres, puro y tierno
Jesus llegó á contar los doce abriles (4)
Creciendo en ciencia; y en su faz María
Todo su encanto y su esperanza via.

IX.

¡Angélica familia! En soberano
Contento, y paz, y amor, dichosa brilla.
Tal vez Josef en su taller, lozano
Contempla al Hijo, de pequeña astilla
Lindo juguete, sonriendo ufano
Labrar donoso en actitud sencilla.
¡Y era una cruz lo que Jesus formaba!
¡Y Josef solo en verla se extasiaba!

X.

Y mil ángeles puros desde el cielo
Movian hácia ella el incensario :
Jesus en tanto en inocente anhelo
Su Cruz pulia con adorno vario :
E incierto augurio de amargura y duelo ,
A su quietud y á su placer contrario ,
Aterraba á la Virgen que quisiera
Que no en su juego el Niño prosiguiera !

XI.

Y volando hácia él con dulce beso
Sellábale en amor la hermosa frente ,
Y él se lanzaba con amante exceso
Al cuello de su Madre diligente !...
¡ Oh cuánto de ternura y de embeleso !
Josef, Josef el bueno , dulcemente
Al verlos, extasiado sonreía ,
Y ya al Niño halagaba , ya á María .

XII.

El tiempo deslizábase entre tanto
Sin llevarse los goces celestiales ,
La dulce paz ni el venturoso encanto ,
Gloria de aquellos séres divinales.
Un día y otro día el sol su manto
Desplegó del oriente en los umbrales ,
Y dicha un día y otro á maravilla
Vió de Josef en la mansion sencilla.

XIII.

Alta solemnidad así llegara :
A celebrar la pascua, venturoso
El pueblo israélita se prepara,
Y á comer del cordero misterioso.
Tal en lejanos tiempos lo ordenara
Moises , por recordar el victorioso
Poder de Dios , cuando al egipcio fiero
Hundió en el mar con carro y caballero.

XIV.

Víanse los caminos que guiaban
A la ciudad de Dios, de gente llenos (5) :
Aquí tropas de ancianos caminaban
De rostros apacibles y serenos :
Allí grupos de jóvenes trepaban
Por los atajos, de pavor ajenos :
Ora llega un tropel de mercaderes :
Ora niños que corren, y mujeres.

XV.

Ya al compas de la lira sonora
Cantando arriba un coro de doncellas :
Ya tropa de donceles bulliciosa
Se precipita tras las voces bellas :
Polvo, y rumor, y confusion graciosa
Producen ellos, y acrecientan ellas :
Ya un alazan á escape, ya un camello
De paso firme y estirado cuello.

XVI.

En pos la Virgen cual la luz del día
Fúlgida marcha en sin igual aseo :
Juana, de Cus esposa, la seguía,
Y Salomé, mujer del Zebedeo.
María de Cleofas y otra María (6)
Iban también, en plácido recreo
Del Egipto portentos escuchando,
Que aun dolida la hermosa va contando.

XVII.

Seguías José con sus parientes
Y de su tribu ilustre los ancianos,
Cubiertas de sudor las sábias frentes,
Con báculos cedrinos en las manos.
Ponderando marchaban elocuentes
El poder de Jehová que los cercanos
Prados ornó, y en esmeralda tintos
Enalteció los bellos terebintos.

XVIII.

Y partida la hermosa cabellera
A la usanza y estilo nazareno ,
Con túnica de lino que lijera
Mecia el aura, de ventura lleno
Iba Jesus, y turba placentera
De otros niños con él : Juan que en su seno
Llegó á dormir ; y Yago impetuoso,
Y la prole de Alfeo el bondadoso.

XIX.

¡ Oh cuántas veces en su amado Hijo ,
Envidia de cien madres, la mas bella
Clavó la vista, con afan prolijo
Siguiendo por do quier la infantil huella !
¡ Oh cuántas veces con el rostro fijo
De espanto, dirigió blanda querella
A su Jesus , á quien creyó vecino
A honda sima y terrible en el camino !

XX.

Tal vez los peregrinos, cuando apura
Su fuerza el sol, del campo de esmeralda
Páranse á descansar en la espesura
Sobre una alfombra de carmin y gualda.
Entónces á Jesus la Virgen pura
Sienta amorosa en su undulante falda,
Y con blanco cendal y trasparente
Límpiale del sudor la tierna frente.

XXI.

Y hablando de él con maternal cariño,
A los que en torno están feliz lo muestra,
O á su cabello mas gracioso aliño
Concede en tanto con ufana diestra.
Las madres al pasar: — « ¡Qué hermoso niño!
» Librelo Jehová de hora siniestra ». —
Van diciendo: y la Virgen agraciada
Sonríe, en gozo angelical bañada.

XXII.

Cinco veces el sol desde el oriente
Mostró de vivos rayos circuïda
La rubia cabellera refulgente ,
Al orbe dando animacion y vida ;
En tanto que á Salén la reverente
Tribu llegó de complacencia henchida ,
Y de sus padres acatando el uso
A celebrar la pascua se dispuso.

XXIII.

De Josef la familia reunióse
En el atrio del regio santuário ,
Y comió del cordero , que inmolóse (7)
Por los hijos de Aaron con rito vario
Entre una y otra víspera : añadióse
Lechuga amarga , en campo solitario
Cogida , y panes ácidos benditos ,
Segun mandaban los antiguos ritos.

XXIV.

Terminados los dias de la fiesta,
La tribu de Josef abandonaba
(Al retornar, como al venir, compuesta
De iguales grupos), la eminencia brava
Do se asienta Sion. María presta
Con sus amigas fieles caminaba,
Y mas á espacio por los ricos llanos
Caminaba Josef con sus ancianos.

XXV.

Ella creyendo que su Niño airoso
Marchaba de su Padre en compañía,
Al suspirado sitio del reposo
Con tiernísimo afan llegar ansía :
Él persuadido de que el lado hermoso
De su Madre Jesus no dejaria,
Tambien por ver sus prendas se afanaba,
Y el sitio del reposo codiciaba.

XXVI.

Va á tramontar el sol : rayo divino
Aun en su frente con destellos arde,
Y ántes que en el espejo diamantino
Su pompa encierre, y su hermosura guarde,
Fórmale pabellon en su camino
De grana y oro el ángel de la tarde ;
Y cual en ígneo trono, desde el monte
Baña en su postrer lumbré el horizonte.

XXVII.

El rui señor con armonioso canto,
Desde el rosal fragante donde anida,
Al Padre de la luz tres veces santo
Himno eleva de tierna despedida :
Baña las flores de la tarde el llanto,
Postrer aliento de su frágil vida ;
Y el aura que amorosa en torno vaga,
Con beso fraternal su aroma paga.

XXVIII.

¡Ay cuánto es dulce en la solemne hora
En que muere del sol la luz brillante ,
Beber en la corriente bullidora ,
Y descansar so el pabellon flotante
Del verde tilo do encumbrada mora
La reina de las aves arrogante !
¡Ay cuánto es dulce , al fenecer del dia ,
Grato reposo en la floresta umbría !

XXIX.

A disfrutarlo fatigada llega
En tal momento la sin par hermosa :
Y en un bosque de palmas , de la vega
Ornato y esplendor , se asienta y posa.
¡Oh con qué afan á la esperanza entrega
El alma toda por volver dichosa
A ver entre sus brazos á su Hijo ,
En él tan solo el pensamiento fijo !

XXX.

Las que seguían á la Vírgen pura
Ven el grupo de niños que llegaba
Salvando alegre la feraz llanura ,
Venciendo listo el aspereza brava.
Cada cual á llamarlos se apresura ,
Y — « ¡Juan ! ¡Yago ! ¡Matías ! » — exclamaba ;
Y ante todas , — « Jesús ! » — gritó María ;
Mas Jesús con los niños no venía.

XXXI.

— « ¿ Y mi Jesús ? » — al punto que llegaron
Los jóvenes viandantes , azorada
La Nazarena preguntó , y temblaron
Sus miembros todos , de pavor helada.
— « Vendrá con los ancianos » — contestaron
Los niños : y la Vírgen asustada
Volvió á esperar con impaciencia suma
Fin á la angustia que su pecho abruma.

XXXII.

¡Oh cuán tardos discurren los momentos
Para el que espera en ansiedad sumido !
Al alma los instantes son tormentos ,
Tormento al corazon cada latido .
Por fin la hermosa á los ancianos lentos
Vé allá del prado en el confin tendido :
Miró, volvió á mirar.... ¡pobre María!
Jesus con los ancianos no venía.

XXXIII.

Hácia ellos vuela con afan prolijo ,
Tal que ellos al mirarla se asustaron :
—«Josef, ¿y el Hijo?...» preguntó : «¿y el Hijo?»—
Los frios labios de Josef clamaron :
Y ambos esposos con el rostro fijo ,
En terrible agonía se miraron.
¡Infelices! ¡gran Dios! Y su tormento
¿Podrá expresar mi dolorido acento?

XXXIV.

El sol en aquel punto hundió la frente
Tras el alta montaña : nube oscura
El rastro borra de la luz fulgente,
Y á esparcir mil tinieblas se apresura.
¡El sol de su alegría de repente
Hundido vió tambien la Virgen pura,
Y alzarse opaco nubarron horrendo
Su corazon purísimo envolviendo!

XXXV.

No pudo resistir; y cual la rosa
Que cede á impulso de aquilon troncada,
Así dobló la sin ventura hermosa
El cuello de alabastro, y desmayada
Al suelo vino. Lágrima ardorosa
Vése en el rostro de Josef clavada,
Y los presentes con amarga pena
Mudos contemplan la terrible escena.

XXXVI.

Vueltos del primer pasmo, acuden unos
A las linfas del próximo arroyuelo,
Y la faz de la Virgen, oportunos
Bañan con ellas, en ferviente anhelo.
Otros rompen los lazos importunos,
Y apartan de la hermosa el blanco velo,
Y las tímidas auras agitando
Van el ardor de la infeliz calmando.

XXXVII.

Ya vuelve en sí.. ¡Callad!.. ¡Cuán lastimero
Es el ¡ay! que ha brotado en su garganta!
¿No la veis, no la veis?... ¡Tormento fiero
Su corazon purísimo quebranta!
—«¡Jesus! ¡mi amor! ¡mi bien! ¡Cuán hechicero
» Saltando viene con lijera planta!
» ¡Hijo! en mi afan ya te creí perdido :
» ¡Hijo de mis entrañas! ¿dó eras ido?»—



XXXVIII.

¡Qué dulce delirar! Mas de repente
Alza su faz la Madre sin ventura.
¡Qué palidez en su divina frente!
¡Qué palidez en su mejilla pura!
—«¡Hijo mio, hijo mio!»— balbuciente
Clamó con tal acento de amargura,
Que el ángel que invisible la asistia
Llanto de compasion hácia ella envía.

XXXIX.

Los circunstantes, súbito aterrados,
Calmar procuran tan continuo anhelo.
¡Vano afanar! Acentos estudiados
De la fria razon, no dan consuelo
A la infeliz que mira desplomados
Todos sus bienes en amargo duelo.
¿Quereis calmar su padecer prolijo?
¿Quereis verla reir? volvedle el Hijo.

XL.

—« ¡Oh Madre cual ninguna dolorida !
» Repara el afanar que te devora :
» ¿Será del todo para tí perdida
» La esperanza del triste halagadora ?
» En este val de lágrimas hundida ,
» ¿Qué has de hacer, pobre Madre? Gime, llora,
» Dios bendice el dolor : mas ¡ ay ! busquemos
» A tu Jesus : tal vez lo encontraremos. »—

XLI.

Así exclaman prudentes los ancianos ,
Y se dividen con afecto pio ,
Unos volando hácia los ricos llanos ,
Otros corriendo por el bosque umbrío .
Las matronas y niños los cercanos
Valles recorren desde el soto al río ,
Y ambos Esposos con gemir doliente
Lánzanse por las selvas de repente .

XLII.

¡Qué noche, santo Dios! No hay un indicio
Que dé consuelo á la terrible pena.
Ya los bordes de horrendo precipicio,
Ya el pavoroso aullido de la hiena,
Sirven á los Esposos de suplicio,
Dejando el alma de terrores llena;
Y entre sustos sin fin agonizando,
Van en jaras y espinos tropezando.

XLIII.

Tal vez alientan ; que en sus rudos giros
Paréceles oir la voz amada ;
Y es el eco imitando los suspiros
Lanzados por la Madre infortunada.
¡Ay cuántos de dolor bárbaros tiros
Recibe el corazon de la cuitada,
Cuando escucha en silencio, y solamente
El violento latir del pecho siente!

LXIV.

— ¿«Has visto (entonces á Josef decia)
» Mas infelice Madre? — Y lisonjero
» ¡*Madre!*» el ángel del eco repetia ;
Y ella : — «¿ Oiste , Josef?... aquí te espero ;
» Ven , Hijo de mi amor ; ven , gloria mia.
» ¿Dó has estado perdido?... — El eco empero
» ¡*Perdido!*» repetia ; y al quebranto
Tornaba la infeliz , y al duelo y llanto.

XLV.

Siéntase de dolor desfallecida.
¿Quién sufriera tan hórridos tormentos?
¡Ay que mira escapársele la vida
Envuelta en amargura por momentos!
Así el profeta de Anatot (8), perdida
La ciudad régia , se asentó ; y lamentos
Tan fúnebres sobre ella fué lanzando ,
Que el pecho enternecieran ménos blando.

LXVI.

Así... mas nunca, no ; ¿quién á tí puede
Compararse en afan, Vírgen hermosa,
Hermosa como triste! El tuyo excede
A todo ponderar : la luctuõsa
Raza de Adan atónita te cede
De reina del dolor la ponderosa
Diadema; porque es grande tu amargura
¡Ay! grande como el mar ¡oh Vírgen pura!

XLVII.

Van descendiendo en tanto las estrellas
A esconder tras los montes sus fulgores ;
Y no se llevan con sus luces bellas
De la Madre infelice los dolores.
En tanto el alba con rojizas huellas
Va subiendo entre vivos resplandores :
¡Oh! dichas presta al mundo y alegría ,
Y el alma angustia solo de María.

XLVIII.

¿No la ois, no la ois? Tórtola triste
Al despuntar la luz, su voz derrama,
Y así ¡cuitada! su dolor resiste
Cantándolo tal vez de rama en rama.
María el velo de dolor que viste
No puede desechar por mas que clama;
Ni hay un cantar que de ella lo desvíe,
Y gime, y llora cuando el alba ríe!

XLIX.

María va exclamando : — « Yo os conjuro,
» Vírgenes de Sion, por lo mas santo :
» ¿Habeis visto á mi Niño? Es blanco y puro
» Cual las nieves del Líbano, y el manto
» De la brillante aurora es mas oscuro
» Que su cándida frente... Por mi llanto,
» ¡ Así Dios os bendiga en su cariño!
» Que me digais si visteis á mi Niño. » —

L.

— « ¡Ay pobre Madre! contestaban ellas :
» ¿Es rubio su cabello?... » — « Sí; y aroma
» Grato despide de sus crenchas bellas... »
« — ¿Y sus ojos?... » — « Son ojos de paloma,
» Mas brillan cual si fuesen dos estrellas.. »
« — ¿Su reir? — El del alba cuando asoma. »
« — ¿Su talle? — Airoso cual la palma, y listo... »
« — ¡Pobre Madre! pues ¡ay! no lo hemos visto. »

LI.

Entónces si un vislumbre de esperanza
Llegó á brillar en el virgíneo pecho,
Bórralo aguda del dolor la lanza,
Déjalo en partes mil roto y deshecho.
¡Ay! á sufrir tanto penar no alcanza
El pobre corazon; que es harto estrecho
Para abarcar todo su mal, y llora
Y no calma el afan que lo devora.

LII.

—»¿Quién me dará un consuelo, si he perdido
» Al que solo pudiera el alma mia
» A su centro volver? ¡ Señor! henchido
» Tengo ya todo el pecho de agonía,
» Y estoy atribulada, y conmovido
» Por reventar el corazón ansía :
» Mira, Señor, que estoy de angustia llena,
» Y no puedo vivir con tanta pena.»—

LIII.

En un cendal de luces irradiante,
Como del alba el luminoso velo,
La oración de María en el instante
Recoge un ángel, y con rauda vuelo
Preséntala ante el trono fulgurante
Que se levanta en la mitad del cielo ;
Y á los pies del Eterno la derrama,
Aroma de purísimo timiama (9).

LIV.

Cundió acepto al Señor el delicioso
Perfume, porque en breve, cual si fuera
Celeste inspiracion, al suntuoso
Templo otra vez, con planta mas lijera
Dirígesse María con su Esposo,
Fija aun en ambos la congoja fiera.
Lo que en el templo vieron sacrosanto
Dí, musa mia; y cesará tu canto.

LV.

Hermoso como el sol, y coronada
La frente de divinos resplandores,
Ven un niño á quien oye arrebatada
La multitud de sabios y doctores.
—«En su temprana edad es extremada
Su ciencia», —se decian, y rumores
De admiracion y pasmo levantaban,
Celebrando el portento que escuchaban.

LVI.

Al pisar el recinto de ventura ,
— « O es Daniel, ó es un ángel ese niño » —
Oyó cerca de sí la Virgen pura.
Miró, volvió á mirar, y en desaliño
Total arrebatada, con dulzura
Inefable repuso : — « ¡ Es mi cariño ,
» Mi hijo, mi amor, mi gloria, mi alegría ! » —
¡ Madres ! decid : ¿ fué gozo el de María ?



CANTO CUARTO.

LA CALLE DE LA AMARCURA.

SUMARIO.

Conciliábulo en el infierno al acercarse el día de la redención humana.—Ya que no pueden impedirla, los ángeles malos deciden inspirar fiereza á los judíos para que atormenten al Hombre-Dios. — Llega Júdas al infierno y anuncia que ha principiado la pasión de Jesús.—Los espíritus rebeldes suben al mundo.—Tormentos de Jesucristo.—San Juan anuncia a María que su Hijo camina hacia el patíbulo.—La Virgen corre a su encuentro.—La calle de la Amargura.— Encuentro de Madre é Hijo.—Dolor de entrambos.

CANTO CUARTO.

LA CALLE DE LA AMARGURA.

Audite obsecro, universi populi,
et videte dolorem meum.

Jerem. Tren. cap. 1, v. 18.

I.

¿Por qué otra vez á la mansion del llanto
Desciendes, sacra musa?... Mira, mira
Qué confusion ¡gran Dios! qué horror, qué espanto
Del maldecido solio en torno gira.
Luzbel roto en mil partes tiene el manto;
Encrespadas sus crines con la ira ;
Sus ojos como brasas ; en su frente,
Cual nunca, el signo réprobo luciente.

II.

A sus piés se revuelcan afanados
Los ángeles precitos, que ya mugen
Hondamente, cual toros acosados ;
Ya, cual leones de la Libia, rugen
Por hambre furiosísima agitados.
¡ Oh cuál los techos infernales crujen
A los recios bramidos furibundos
Que lanzan los espíritus inmundos !

III.

El rey de los abismos no podía
Devorar su ansiedad, y balbuciente
Brama en cólera envuelto y saña impía,
Arañando feroz su tosca frente :
— « Maldita nuestra ciencia ! ¿ quién diría
» Que esa mujer á su dolor vehemente
» Opondría tan firme resistencia ?
» ¡ Maldita una y mil veces nuestra ciencia !

IV.

- «¡Mis príncipes! ¿qué hacer? Ya está cercano
» El día en que mi solio se derrumbe :
» Treinta años de afanar han sido en vano ;
» Esa mujer tenaz nunca sucumbe.
» Consigue que en el monte y en el llano
» El eco fiel de su dolor retumbe ;
» Mas no pide ¡ay de mí! que sin efeto
» Quede de nuestro mal el cruel decreto.

V.

- » Cerca ya del Calvario á su Hijo veo :
» Si llega, ¡cual será nuestro destino!...
» Mirad, mirad arriba : el pueblo hebreo
» Cantó ya de Betania en el camino,
» Extendiendo sus mantos por trofeo ,
» Y agitando mil palmas de continuo ,
» *Bendito aquel...*»—«Callad»—en roncavoces
Gritaron los espíritus atroces.

VI.

—«No, no temais que el nombre aquel pronuncie
» Que á doblar la rodilla nos obliga ;
» Mas ¡oh rabia! ya es fuerza que os lo anuncie:
» El tremendo recelo que os fatiga ,
» A ser va realidad. ¿Que se renuncie
» Quereis á nuestro plan?... ¡suerte enemiga!»
— «¡No! ¡nunca! ¡maldicion!» á un tiempo mismo
Clamaron los espíritus del abismo.

VII.

—«¡Bien, mis bravos! ¡muy bien!»—repuso fiero
El monarca fatal : — «Que no se tuerza
» Ese ánimo resuelto y altanero.
» ¡Cuánto ese brio mi poder refuerza!
» Por él, amigos, la victoria espero ;
» Mas si doblar nuestra cerviz es fuerza ,
» Lidiemos sin cesar : cómprese caro
» El pretendido mundanal reparo.

VIII.

- » Sangre del Justo inundará la tierra :
» No haya tormento que el furor no invente :
» ¿ A quién, á quién nuestro poder no aterra ?
» ¡ Animo ! y á esa *Reina* que inclemente
» Aun ántes de nacer nos dijo ¡ guerra !
» Y audaz holló nuestra orgullosa frente,
» Atormentad : si triunfa (¡ caso infame !)
» ¡ Que *Reina de los mártires* se llame ! — »

IX.

No pudo proseguir : confusa grita
Súbito se oye hácia el umbral tremendo
De la horrible mansion, y la precita
Turba á inquirir la causa del estruendo
En terrible ansiedad se precipita.
Tembló Luzbel bajo del solio horrendo,
Porque creyó con rabia aterradora
Que era llegada su postrera hora.

X.

No se engañó de mucho. El horroroso
Tropel se acerca : ¡tremebunda escena!
Entre aullidos sin término, furioso
Satán revuelve su mirar de hiena;
Preséntase cercado del odioso
Escuadron infernal : larga cadena
Áspero arrastra, y á su extremo atado
Un mísero mortal... ¡pero en qué estado!

XI.

Saltando de las órbitas sus ojos ;
Erizado el cabello de su frente ;
Lívida la color ; sus labios rojos ;
Como volcan, su pecho efervescente :
Recio dogal del cuello por despojos,
Premio de vil traicion, lleva pendiente,
Agitándose aun en ansias rudas...
«¿Quién eres?» gritó el rey ; y el mortal: «¡Júdas!»

XII.

Y Satán: — «Ya ha vendido á su Maestro...» —
Y todos: «¡Ay! llegó, llegó la hora :
» Pásme á la creación el poder nuestro :
» ¡Guerra sin tregua! ¡guerra asoladora!...»
¡Ay! así clama con furor siniestro
La turba audaz que en el infierno mora,
Y hácia el mundo en tropel se precipita
A ejecutar los planes que medita.

XIII.

¡Ariel (1)! ¡ay de tí, ciudad hermosa
Que el Rey Profeta conquistó valiente!
¿Quién te hace estremecer? ¿Por qué afanosa
Corre en tumulto tu versátil gente?
¡Oh hija de Sion majestuosa!
Hacia el Gábbatha (2) acudes cual demente,
Pidiendo ¡inícuo! del pretor romano
Un decreto de sangre... ¡Oh pueblo insano!

XIV.

Dí, musa, cómo fué; mas ¡ay! prepara
El tono del dolor mas lastimero.
¡Oh cuánta iniquidad con furia rara
Cometió el pueblo de Israel! ¡Cuán fiero
Sobre sus mismos hijos excitara
La alta justicia de Jehová severo!
¡Cuál la copa llenó de la amargura
Que Jesus bebe, y que su Madre apura!

XV.

Habia ya el Señor tras mil afanes
Al mundo dado celestial doctrina,
Condenando del vicio los desmanes
Y ardiendo siempre en caridad divina.
Por ella alimentó con cinco panes
A inmensa multitud: por ella arruina
El poder de la muerte, y lo derrumba,
A Lázaro arrancando de su tumba.

XVI.

Y al mundo que familia de tiranos
Era no mas, con voces de dulzura
Gritó mil veces :—« ¡ Hijos ! sois hermanos :
» El comun Padre mora en el altura. » —
Y volvió humildes á los que eran vanos ;
Y consoló del pobre la amargura ;
Y al ciego vista dió, y al sordo oído,
Y fuerza y movimientos al tullido.

XVII.

Y llamó á aquel que llora, venturoso (3) ;
Y bendijo del triste el desconsuelo ;
Y al que tiene hambre y sed, prometió hermoso
Manjar, alivio de su infausto anhelo ;
Y al que es pobre de espíritu, reposo
Y dicha eterna le auguró en el cielo ;
Y al de corazon limpio, que veria
A Dios, pronosticó, en alegría.

XVIII.

¡Oh cómo el infeliz le oyó arrobado ,
Y el pecador, humilde y compungido ,
Y el anciano, suspenso y admirado ,
Y el párvulo, riente y complacido !
De Mágdalo la hermosa ha abandonado
De sus culpas el hórrido vestido ,
Por seguir á Jesus : ¿ y quién hubiera
Que tras tantos portentos no corriera ?

XIX.

Mas vió la Sinagoga envilecida
Con torva frente la bondad del Justo ,
Y el recelo intranquilo en ella anida ,
La negra envidia, y el inquieto susto :
Pretende arrebatár aquella vida
Que no puede mirar sin ceño adusto ;
Y el sacerdote, el grande, el fariseo
Concitan contra el Santo al pueblo hebreo.

XX.

Compran una traicion á precio de oro,
Y salen contra el *Cristo*, cual pudieran
Contra un leon ó embravecido toro,
Y del *Cristo* furentes se apoderan.
¡Oh Sion, oh Sion! mayor desdoro
Para tí las edades ver no esperan.
¡El hijo de tu pueblo altivo y fiero
Se ensaña en un mansísimo cordero!

XXI.

¡Gethsemaní, Gethsemaní! portentos
Viste indecibles en aquella hora.
Del torpe Júdas pérfidos intentos
Descubre la caricia mas traidora :
Al ver al Salvador, caen los sangrientos
Sicarios : Pedro espada cortadora
Blande, y cura su estrago el que dijera :
Ama al que te aborrece en ansia fiera.

XXII.

Y déjase abatir aquel que excede
Las alturas sin fin! pasma el decillo.
Y déjase prender el que concede
Libres alas al suelto pajarillo!
Y déjase ultrajar aquel que puede
Quitar al sol el irradiante brillo!
Y calla humilde el que de gloria lleno
Presta la voz al rebramante trueno!

XXIII.

Entónces fué cuando el infierno todo
Inspiró rabia á la judáica gente,
Que empieza á atormentar con vario modo
Al Cordero dulcísimo y paciente.
Afrentas asquerosas, golpes, lodo
Dirige ¡impía! á la divina frente,
A la frente que adora prosternado
El querubin en resplandor velado.

XXIV.

Herido ya el Pastor, prestas huyeron
Las tímidas ovejas que guiaba :
Los ángeles del cielo á Jesus vieron
Solo ¡ay! en medio de la furia brava
De carnívoros tigres, que vistieron
Al gran Profeta, en cuyo labio estaba
El solio del saber mas eminente ,
Con túnica irrisoria de demente.

XXV.

¡ Quién pudiera plañir cual Jeremías,
Y lamentar la noche dolorosa
Que pasó el Salvador! Befas impías,
Flagelacion horrible, ignominiosa
Humillacion, infandas agonías,
É indécora diadema y espinosa
Que á adornar vino en su mortal anhelo,
Cual rey de farsa, al Rey de tierra y cielo;

XXVI.

Conjunto forman tan atroz, que excede
A todo el ponderar de lengua humana,
Pasa la noche : la crueldad no cede :
Auméntase el furor con la mañana :
Y cuando mas tormento dar no puede
Al Hombre-Dios la multitud insana,
Para que espire en el suplicio grita,
Y bramando sobre él se precipita.

XXVII.

Y le carga la Cruz, triste madero
Que va á ser el altar do en sacrificio
Quede inmolado el inclito Cordero.
¡La Cruz!... por ella Jehová propicio
Ha de mirar con rostro placentero
Al mundo criminal ; pero suplicio
Tan bárbaro los hombres no inventaron,
Cuando cebarse en su furor ansiaron.

XXVIII.

¡Señor, Señor! ¿y tanto en tí ha podido
El amor á la humana criatura,
Que te decides á arrostrar sufrido
Muerte por ella tan terrible y dura?
¡Señor! ¿y en mar de pena enfurecido,
Rebramante con olas de amargura,
Por el hombre hundiráse dolorida
Tambien la hermosa que te dió la vida?

XXIX.

¡Estrella de Jacob! El pecho mio
Se estremece al pensar en tu honda pena,
Y brota de mi párpado sombrío
Llanto de compasion en rica vena.
¡Oh Virgen! si te es grato el eco pio
Del cantar triste en que mi lira suena,
Haz que no vea su guirnalda mustia,
Y haré llorar al mármol con tu angustia.

XXX.

Ya cuatro veces al vergel umbroso (4)
Con su gala el abril vestido habia ,
Desque á su tierno , á su feliz esposo
Hundirse en el sepulcro vió María.
¡Oh cuánto le lloró ! ¡y en trance odioso
Cuánto va á echar de menos la voz pía
Que tanto consoló su pena ruda !
Sola padecerás : ¡pobre viüda !

XXXI.

Miradla allí , bajo apartado techo ,
Sobre las duras losas prosternada :
Brotan suspiros de su tierno pecho ,
Tiene fija en el cielo su mirada :
Con ambas manos , cual con nudo estrecho ,
En apretar su corazon se agrada ;
Y como ántes Jesus , ora María
Súplica humilde al Hacedor envía.

XXXII.

—«¡ Dios de mis padres ! ¡ Padre soberano !

- » Si es posible, Señor, no hagais que beba
- » Aqueste cáliz de amargura insano
- » Que el labio débil repugnante prueba.
- » Mas ¡ oh Señor ! contra el sagrado arcano
- » De tu querer, mi voz no se subleva :
- » Dispon : pronta está el alma ; mas el pecho
- » Enfermo, y triste, y de dolor deshecho.»—

XXXIII.

Por calmar á la Madre en su agonía

Asístenla en estancia retirada

María de Cleofás, y *otra María*,

Y la hermosa de Mágdalo afanada,

De cuyos bellos ojos descendia,

Como perla del alba nacarada,

Lágrima tierna ; bálsamo aprestando

A la que gime en su dolor infando.

XXXIV.

Mirábalas la Virgen, y cubria
En hórrido anhelar su frente hermosa!
¡Oh cómo en lenta fiebre se le ardia!
La anunciacion terrible y misteriosa
Del santo sacerdote allí bullia,
Como nunca, tremenda y angustiosa.
Dijérase que en contestar se afana :
—«¡Amigas, ay, vuestra esperanza es vana!»

XXXV.

Así pasa una noche de tormentos
Sin saber todavía los que prueba
Entónces su Jesus : ¡oh! por momentos
Espera de él abrumadora nueva :
Angeles que al cuidado estais atentos
De vuestra Reina, ya su afan renueva :
Acudid, acudid : ya el mensajero
Llega triste á doblar su dolor fiero.

XXXVI.

Es Juan : Juan , el discípulo querido.
Cómo revelan el afán que siente
El ánimo angustioso y oprimido ,
Y el pecho suspirando tristemente ,
Y el vigor juvenil ora abatido !
Alzanse las matronas de repente :
—«¿Qué es de Jesús?—preguntan : Juan Horaba :
María en el silencio continuaba.

XXXVII.

¿Y muda está sin lágrimas la bella
Que para el llanto descendió del cielo ?
¿Ya no tiene su labio una querella?
¿Ha calmado el profundo desconsuelo ,
O mas, callando, sus angustias sella?
—«¿Qué es de Jesús?—repiten con anhelo
Las piadosas mujeres : ¡trance fuerte!
«Jesús, contesta Juan, marcha á la muerte.»

XXXVIII.

Un grito de terror fué la respuesta
Que soltó el dique al reprimido llanto.
La nueva empero al escuchar funesta,
No pareció dar pábulo al quebranto
La infeliz Madre : convulsiva apresta
El de las viudas denegrido manto,
Y parte como flecha disparada,
Sin saber á do va, desatentada.

XXXIX.

Síguenla sus amigas, y lloroso
El discípulo amado. ¡Ay, ay María!
Deten, deten el paso impetuoso,
Que no vas á poder con tu agonía.
Aunque el Señor afable y bondadoso
En pos de tí sus ángeles envía,
¡Oh! podrá la cohorte brilladora
Darte vigor en tan terrible hora?

XL.

Ocupa ya la calle que conduce
Al monte del suplicio, desbandada
Multitud que se estrecha y se reduce
Por conceder á la que llega entrada.
En estos la impaciencia se trasluce,
En aquellos la cólera acendrada;
Los ménos ¡ay! á compasion se excitan,
Los mas juran, blasfeman, votan, gritan.

XLI.

¡Cuánto es terrible un pueblo que ha olvidado (5)
De ley tranquila el saludable freno!
Tórnase, como fiera, despiadado;
Vomita, como sierpe, atroz veneno;
Insulta al abatido; al agobiado
Aumenta la opresion; de furia lleno
La virtud atropella, la inocencia,
La fe, el valor, la ancianidad, la ciencia.

XLII.

Oid al pueblo que cual tigre brama :
— « ¡ Sin compasion , sin compasion , que muera
» Ese impostor que nuestro rey se llama !...
» — ¡ Atormentadlo en su hora postrimera !...
» — ¡ La sangre impura que el traidor derrama
» Caiga sobre nosotros ! — ¡ El que quiera
» Gracia invocar , perecerá á su lado !... —
» ¡ Al calvario , al calvario ! — ¡ Es un malvado ! » —

XLIII.

Súbito aumenta el ronco clamoreo ,
Par casi en furia al que lanzó el abismo
Cuando en su centro denegrido y feo
Hundió á Luzbel angélico heroismo.
Mil espectadores con atroz deseo
Las frentes vuelven hácia el punto mismo:
Así en el valle de los sáuces llega
El viento , y hácia un punto los doblega.

XLIV.

Nube de polvo envuelve en lontananza
Al tropel que se acerca rebramante :
En su centro el vislumbre de una lanza ,
O el lábaro de muerte amenazante
Se pueden descubrir : ved cuál avanza
Al son de las trompetas retumbante ,
Capaz de hacer que tiemblen de pavora
Las piedras de la calle de Amargura.

XLV.

Ya llega... ¡ay Dios! De la soberbia Roma
Las furibundas haces van mezcladas
Con hijos de Salen : ni un rayo asoma
De piedad á sus frentes atezadas :
Crudos milanos que á infeliz paloma
Clavaron ya las uñas afiladas,
Vuelan hambrientos á tragar su presa
Que ni un instante en su martirio cesa.

XLVI.

Vedla ; es Jesus : el Rey de los judíos
Con diadema de espinas coronado ,
Objeto de irrisión á los impíos ,
Bajo el peso enormísimo agobiado
De su propio patíbulo , y á rios
Vertiendo sangre el cuerpo lacerado ,
Y recibiendo injurias y tormentos ,
Y agotando la vida por momentos.

XLVII.

Cuando se acerca mas , mas se comprime
La inicua multitud que lo esperaba ;
Y de sus pechos el furor exprime ,
Y el grito horrible hasta en las nubes clava.
Se arremolina por mirarlo , oprime
La muchedumbre audaz que lo guiaba ,
Y forma un muro de hórridas visiones
En torno de Jesus y los sayones.

XLVIII.

Cuando improviso una mujer, seguida
De tres mas y de un jóven galileo,
Llega junto á la turba maldecida
Con veloz planta y enlutado arreo.
Pálida cual la luna, entristecida
Cual lirio de los valles ¡ ay! la veo ;
Pero hermosa en su afan, y tan terrible
Como armado escuadron irresistible.

XLIX.

Turbas, ¿ la conoceis?.... ¡ Bárbaros, paso,
Paso á la mujer fuerte que ora llega !
El pecho del leon, de amor escaso,
Al grito de una madre se doblega.
¡ Una madre ! ¿ sabeis lo que es acaso
Tan dulce nombre?... Sinagoga ciega,
¡ Paso otra vez á esa mujer que gime ;
Que es santo su dolor, santo y sublime !

L.

Calma de pronto el furibundo estruendo,
Y relumbran los ojos de María
Mas que el destello de la lanza horrendo
Del milite feroz , que se desvía
A impulso irresistible obedeciendo ,
Y entónces la infeliz ábrese via
Impávida entre hierros matadores ,
Y llega hasta el Varon de los dolores.

LI.

¡Oh momento , oh momento ! En el altura
De los cielos los ángeles pasmados
Mirar temen la escena de amargura ,
Y cúbrense la faz apresurados.
El trono del Inmenso refulgura ,
Suspéndense los coros acordados ,
Y parece que el cielo escucha fijo
Lo que van á decirse Madre é Hijo.

LII.

El alza apénas la abatida frente
Con las recias espinas maltratada :
Mira , y repara , y fija tristemente
En ella la pupila ensangrentada ,
Y casi no la ve ; mas de repente
Estremécese el ánima angustiada ,
Pronuncia un nombre : « ¡ Madre ! » y la voz pia
En vano ; oh Dios ! en repetir porfía.

LIII.

Ella convulsa , la temblante mano
Pásase por los ojos , ve , y aun duda
Si de los hombres el furor insano
A tanto llega , ó la fiereza cruda :
Mas de pronto su pecho soberano
Alanza un ¡ ay ! en agonía ruda ,
Brotó en su labio una palabra : « ¡ Hijo ! ... »
Y no puede seguir. ¡ Dolor prolijo !

LIV.

Oid, pueblos, oid : no habréis hallado
En tanto afan como la historia vuestra
Dibuja con pincel ensangrentado,
De afan mayor mas dolorosa muestra :
Contempladla, si el ánimo angustiado
En contemplar tanta afliccion se adiestra.
¿Dónde se vió tormento mas terrible ?
¿Es quizá para el mundo concebible ?

LV.

Pues ved, mirad : por vuestra ansiada calma
Empuña esa mujer con mano fuerte
De Reina de los mártires la palma ;
Y por domar vuestra infelice suerte
Entran rios de hiel hasta su alma ;
Y por libraros de segura muerte
Muere mil veces, y su amor resiste
Toda la furia con que el mal la embiste.

LVI.

¡Oh, del mundo infeliz, corredentora!
¡Oh reina de los tristes! ¡Oh consuelo
Del mísero mortal que gime y llora!
Yo te bendigo, y te bendice el suelo
De mi patria querida, y cada hora
El orbe todo con ferviente anhelo
Te rinde adoracion ¡oh Virgen pura!
En tributo de amor por tu amargura.

LVII.

Pronto volvió á empujar hácia el Calvario
La turba audaz al Salvador divino,
Que en doble afan entre el tormento vario
Regando va con sangre su camino.
Al deslizarse el grupo temerario,
En aquel sitio, con llorar contino
Dos matronas tornaban á la vida
A una mujer en parasismo hundida.

LVIII.

Y un jóven galileo apresurado
Llegaba ya con agua misteriosa,
Para aliviar el pecho lacerado,
La frente humedeciendo de la hermosa.
¡ Oh, parece que duerme sin cuidado
La azucena purísima y graciosa!
¡ Oh! ¿Será que al descanso esté entregada
Para seguir en su fatal jornada?...



CANTO QUINTO.

EL CALVARIO.

SUMARIO.

Preparativos en el cielo ántes de que fallezca el Redentor.—La Virgen vuelve en sí, y corre hácia el Gólgota.—Antes de llegar ve la Cruz en que han fijado á su Hijo.—Dolor de la Señora.—Últimas palabras de Jesucristo.—Su muerte.—Duelo de la naturaleza.—Miguel vence y arroja en el infierno á los ángeles rebeldes.—María queda como muerta al pié de la Cruz.



CANTO QUINTO.

EL CALVARIO.

Defecerunt præ lacrimis oculi mei.
Jerem. Tren., cap. II, v. 11.

I.

Esto dice el Señor Dios soberano (1)
(Y retiembla á su voz el firmamento,
Y desde el solio de su gloria arcano
Parten mil luces con fulgor violento) :
— « Oid, cielos, oid : ya está cercano
» De redencion el ínclito momento :
» La casa de Jacob verá cumplida
» Mi palabra eternal de gracia y vida.

II.

- » Ved, mirad á mi amado en quien he puesto
» Mis complacencias todas, al terrible
» Trance que salve al mundo ya dispuesto.
» Mis ángeles, volad : que no impasible
» Vea natura el padecer funesto
» De su Rey y Señor : el apacible
» Santo cantar suspéndase en el cielo,
» Y haga la tierra funerario duelo.

III.

- » Y cuando llegue el inefable instante,
» Corra Miguel y cierre del infierno
» La puerta con cerrojo de diamante :
» Y cuando aquella á quien mi amor eterno
» *Hija* llama, sumida en penetrante
» Dolor se mire, acuda Gabriel tierno,
» Y hágale ver los bienes que atesora
» La muerte del amado por quien llora.»—

IV.

Tarda mas el relámpago encendido
En llegar al confin de la alta esfera,
Que en hacerse entender del escogido
Angélico escuadron la voz austera
Del Dios de Sabaoth. Se oye el ruido
Con que sus alas bate la lijera
Cohorte que á cumplir ya se avecina
De Jehová la voluntad divina.

V.

Vuela al sol un querube, y preparado
Está con negra gasa inesplescente,
Que al llegar el momento atribulado
Enlutar pueda la radiosa frente :
Otro corre á la luna apresurado
Para apagar de un soplo su luciente
Antorcha, en el instante tremebundo
En que fallezca el Redentor del mundo.

VI.

Un serafin revuelve entre sus manos
Las riendas de los notos y aquilones,
Pronto á soltar los ímpetus insanos
Que amedrenten del orbe las regiones :
Otro en los senos de las nubes vanos
Esconde de tronidos cien legiones ;
Y otro hiende la tierra y la prepara
A estremecerse con violencia rara.

VII.

Miguel, el gran Miguel, fúlgido apresta
La flamígera espada que algun dia
Fué para el ángel réprobo funesta,
Castigo de su orgullo y osadía :
Y el nuncio del Señor tiene dispuesta
Balsámica vision hermosa y pia,
Que entre ilusiones de feliz consuelo
Endulce de María el crudo anhelo.

VIII.

De la gloria los santos moradores
Vuelven la faz hácia el Calvario horrendo :
Ya han cesado en sus cantos y loores ;
Ya no se escucha el divinal estruendo
De las arpas de oro : entre fulgores
Yace abismado Jehová tremendo ,
Por que mas brille su poder y asombre :
¡ Tanto puede la muerte de un Dios-Hombre !

IX.

Están ya cielo y tierra preparados
A presenciar el lance mas terrible ,
Cuando al Gólgatha llegan los malvados
Arrastrando á la víctima apacible.
¡ Entónces sí que van descadenados
Los torvos mónstruos del infierno horrible,
Inspirando en su bárbara fiereza
Cólera á los sayones y crudeza !

X.

Entre gritos indómitos embiste
La turba audaz al Hijo de María,
Que moribundo casi, no resiste
Del ímpetu cruel la furia impía :
Y el que los campos de esmeralda viste,
Y con rosas y flores atavía,
En un momento y ante el pueblo rudo
¡Oh ignominia ! ¡ oh baldon ! se ve desnudo.

XI.

Los que no tienen vez para el tormento
De la víctima santa, se apoderan
Del vestido inconsútil y sangriento,
Cual si tragarlo en su furor quisieran,
Y echan suertes sobre él. Con triste acento
Los cantos de David ya predijeran
Algun día en Sión tanta bravura :
¡ Cómo se cumplen , ay ! ¡ con qué amargura !

XII.

Mas tente ¡oh musa! Márcos y Mateo,
Y la lira de Patmos sobrehumana
Con flébil tono y con sencillo arreo
Digan de tanto afan la furia insana :
Dame cantar por sin igual trofeo
El dolor la Madre soberana,
Que ha visto ya á su Hijo caminando
Al triste monte del suplicio infando.

XIII.

Por Juan y las matronas socorrida
En su letargo la azucena bella,
Va tornando ¡oh misérrima! á la vida
Para al lloro tornar y á la querella.
Abre los ojos débil y abatida ,
Soles que injuria del dolor la huella ,
Y al volverlos en torno se estremece ,
Y otra vez pronta á fallecer parece.

XIV.

—«¿Ha mucho tiempo?»—preguntó, y no pudo
Terminar la pregunta dolorosa,
Y hácia el Calvario con tormento rudo
Tendió ambas manos la infeliz hermosa.
Entónces Juan por consolarla—«Aun dudo
Que hayan llegado...»—contestó: y ansiosa
—«Volemos ¡ay!...»—repuso en su agonía,
Y se lanzó por la terrible vía.

XV.

Cada instante un martirio es que envenena
El pobre corazon de la Señora :
Cada paso redobla su honda pena :
Fuego son ya las lágrimas que llora.
Ve tinta en sangre la menuda arena,
Piensa mirar la huella encantadora ,
Teme no ver ya vivo á su adorado ,
¡Y no puede correr su pié cansado !

XVI.

¿Cómo podrán prestarle algun consuelo
Ni el discípulo amado, ni afanosas
Las tristes que la siguen, en anhelo
Tambien vertiendo lágrimas piadosas,
Ni los fúlgidos ángeles del cielo
Que miran sus angustias cual forzosas
Por redimir al hombre? ¡Oh, y á aquel llanto
Cuánto ha debido el mundo, cuánto, cuánto!

XVII.

Mas ¡ay! la pobre Madre ya se acerca
A la montaña do la inicua tropa
Que en consumir el deicidio alterca,
Quitó ya al Justo la sangrienta ropa.
¡Ay que la angustia que te oprime terca
Allí te guarda la enmirrada copa
Que has de beber con amargura extraña!
¡No llegues, pobre Madre, á la montaña!

XVIII.

Un murmullo percíbese lejano ,
Como el rumor de caudaloso río
Que se despeña desde el monte al llano
Y corre al mar con ímpetu bravío ,
O como el susurrar que alzan liviano
Las abejas de Engadi en el estío ,
O como el hondo rebramar de nube
Que amenazante por el cielo sube.

XIX.

Cesa el rumor de súbito : María
Como herida de un rayo ha suspendido
Su paso en medio de la triste via :
Tiembla, va á fallecer, atento oído
Presta en hórrido afan y honda porfia !
Un golpe y otro golpe ha percibido ,
Y otro, y mas... ¡santo Dios! ¿dónde habrá acento
Capaz de ponderar tanto tormento ?

XX.

Ni un suspiro, ni un ¡ay! vertió la hermosa :
Muda, convulsa, atónita, espantada,
Clava su vista en la eminencia odiosa
Do sonaron los golpes ; y pausada
Ve elevarse en el monte, y majestosa
La tremebunda Cruz ensangrentada,
Do (¡lo conoce, lo conoce!) fijo
Elévase tambien su amado Hijo.

XXI.

No ; no mata el dolor : si no, aquel fuera
El último tal vez que el santo pecho
De la Vírgen purísima envolviera.
Juan tiembla en llanto y en dolor deshecho
La de Mágdalo llora, y á la fiera
Angustia encuentra el corazon estrecho :
Las otras que acompañan á María,
Mudas gimen de horror y de agonía.

XXII.

Sin duda un ángel en aquel momento
Fuerza dió al corazon de la Señora
Que no cesó de palpar, atento
A la triste vision aterradora.
Las espinas, los clavos, el cruento
Madero con angustia abrumadora
Se han clavado en su espíritu, y parece
Que igual suplicio al de Jesus padece.

XXIII.

«¡Mirad! mirad! ¡gran Dios, qué horror! Volemos.
» No mueras, Hijo mio, todavía;
» Espera y ambos juntos moriremos,
» Que es igual á la tuya mi agonía...» —
Haciendo en su afliccion tales extremos
Hácia el Calvario la infeliz corria :
Llega, y junto á la Cruz cae desplomada,
Y queda al tronco fúnebre abrazada.

XXIV.

Tembló el árbol de vida sacudido ,
Y cimbreóse con crudeza ruda ,
Y el fruto que de él pende bendecido
A María parece que saluda
Al mecerse en la Cruz. Sobre el vestido
De la infeliz que en tanto yace muda
Cae la sangre del Hijo , cual rocío
Sobre agostada flor en el estío.

XXV.

Una palabra al fin por despedida
Oyó la Virgen con terrible anhelo :
—«Mujer, ese es tu Hijo.»—Y en seguida,
—«Esa es tu Madre, Juan.»—¡Oh desconsuelo!
¡Oh triste cambio ! empero ¡oh bendecida
Adopción y gloriosa para el suelo !
Jesus da á Juan su Madre ; y para el mundo
Juan la recibe en su dolor profundo.

XXVI.

Bate, raza de Adan, las palmas, bate ;
Da saltos de alegría y de contento ;
Gozo feliz tu corazon dilate ;
Cánticos brote de placer tu acento :
No eres huérfana ya : nunca maltrate
Tu frente el signo de penar violento :
Aunque el reino infernal se agite y ladre ,
Canta , raza de Adan : ya tienes Madre.

XXVII.

¡ Cuán dulce te será cuando agobiada
So el grave yugo de amargura impía
Sientas el alma enferma y lacerada ,
Poder clamar : ¡ *padezco, Madre mia!*
Y si el mundo la deja abandonada,
Como á tórtola triste en selva umbría ,
Exclamar : ¡ *solo, oh Madre, con tu manto*
Puedo enjugar mi dolorido llanto!

XXVIII.

¡ Oh cuánto empero de martirio cuesta
A esa Madre amorosa tu ventura !
Bebe una copa amarga , otra le resta ;
Fallece de amargura en amargura ;
Llora abatida ante la Cruz enhiesta ;
Oye sarcasmos de la turba impura ;
¡ Ni dar puede á Jesus , que de sed clama ,
Una gota del llanto que derrama !

XXIX.

En tanto el Hijo en su penar clamaba :
—« ¡ Todo se ha consumado ! » —y entre horrores
Parece que la Madre contestaba :
« ¡ Todo, Hijo mio, excepto mis dolores ! »
El Redentor de conceder acaba
Su gloria á uno de entrambos malhechores
Con él crucificados : ¡ y un consuelo
No da á su Madre el que promete un cielo !

XXX.

¡Eli, sagrado Eli, Dios bondadoso (2) !
¿Cómo has desamparado á esa infelice?....
¡Ah! ¡perdon, Madre mia! era forzoso :
Mi corazon temblando me lo dice.
Porque el hombre hácia el cóncavo horroroso
Del eterno penar no se deslice,
Gimes en tanta angustia abandonada....
¡Perdon, Madre del mundo idolatrada!

XXXI.

— «Mis ojos de llorar desfallecieron
» (Dice la Virgen pura) : me ha caído
» A tierra el corazon : se conmovieron
» Mis entrañas con ímpetu encendido.» —
¡Y las mias tranquilas persistieron
Despues de contemplar tu afan crecido!
¡Pupila mia! ¿y seca permaneces?....
¡Perdon, Madre de amor, perdon mil veces!

XXXII.

Pero ¡ay! aun llega mas terrible hora :
¡ Callad, cielos y tierra ! estad atentos
Al eco augusto de mi canto ahora.
¡ Espíritu que en alas de los vientos
La inspiracion llevaste creadora
Al cenáculo santo ! á mis acentos
Ven á dar majestad , vigor, nobleza ;
Que va á inclinar el Justo la cabeza.

XXXIII.

Ya al ángel que al pasar por la alta esfera
Corta el vivir de aquellos que dichosos
Mueren en el Señor, se concediera
El augusto permiso. Sus bondosos
Labios abre Jesus por vez postrera ,
Y reasumiendo esfuerzos angustiosos,
—« ¡ Señor ! (clama en acentos soberanos):
» Mi espíritu encomiendo en vuestras manos. »—

XXXIV.

Ya ha muerto el Redentor. Su Madre hermosa
No puede sufrir mas y se avecina
Acaso á trance igual en horrorosa
Agonía cayendo : Juan inclina
Al suelo ambas rodillas : temblorosa
Cubre la Magdalena peregrina
Su frente con el manto, cual temiendo
Que el cielo venga el deicidio horrendo.

XXXV.

Un bárbaro (Longino, ¡ sayon fiero !)
De entre la turba furibundo avanza,
Y en el pecho del ínclito Cordero
Impalpitante ya, clava su lanza....
No mas , ciegos, no mas ; que Dios severo
Va á mostraros su indómíta pujanza....
¡ Ay que llega en el trueno cabalgando !
¿ No veis, no veis los montes humeando ?

XXXVI.

Huye, hija de Sion, despavorida ;
Huye la oscuridad que te rodea :
Ya no tiene el sol luz, ya denegrída
Muestra la luna su radiosa tea :
¡ Oh cuál treme la tierra sacudida !
¡ Cómo el lampo horroroso centellea !
¡ Cuál se chocan las piedras ! ¡ cómo rugen
Los huracanes y los cielos crugen !

XXXVII.

El águila caudal hondo graznido
Lanza al ver al rigor del noto airado
Desparecer su inaccesible nido :
El jacal del Cedron corre azorado
Vertiendo de pavor alto ladrido :
Se oye el fragor del trueno desatado :
Allá en la esfera estrellas que se mecen,
¡ Ay ! como en sangre tintas aparecen.

XXXVIII.

Del templo augusto el respetado velo
Hiéndese en dos, y súbito patente
A los profanos ojos queda el suelo
Del Santo de los santos prepotente.
Estallan los sepulcros : con anhelo
Cien finados y cien alzan la frente....
¿Adónde van, Señor? ¿Has decidido
Anonadar el mundo corrompido?

XXXIX.

¿La herencia de la augusta Nazarena
Que al pié del tronco santo dolorida
Yace apurando su terrible pena,
La herencia de esa Vírgen bendecida
Destrozarán tus manos? ¡Dios! enfrena,
Enfrena ya tu cólera encendida :
Por su amargura y su dolor profundo,
Perdona ; oh Dios! al corrompido mundo.

XL.

Y lo perdona, sí. Contra él no airado
Desata su poder : su rayo eterno
No en contra de él dispárase inflamado :
Solo fulgura contra el rudo infierno.
Ved : ¡ya llega Miguel! lleva impregnado
En la sangre que arroja el pecho tierno
De Jesus, crudo látigo : al chasquido,
Tiembla el reino del mal despavorido.

XLI.

En pos lo siguen ángeles sin cuento
Armados con espadas fulminantes :
¡Magnífico escuadron! brilla opulento
Con cascos de oro, y petos fulgurantes.
Gritando van con inefable acento :
«¿Quién como Dios? espirtus malignantes,
» A su piedad creisteis oponeros?
» Ya el mundo es libre : ¡abajo, espirtus fieros !

XLII.

»Triunfó ya nuestra Reina; aunque angustiada,
»Es ya Madre del orbe y os lo quita :
» ¡ Al infierno , al infierno , turba osada ,
» Turba descomunal , turba maldita ! »
¿Visteis que en el verano , en desatada
Furia , la tempestad se precipita ,
Y llega el huracan , y ante él huyendo
Negras nubes de polvo van corriendo ?

XLIII.

Pues así ante la angélica milicia
Que trae la ira de Dios entre sus manos ,
Van huyendo , vencida su malicia ,
El furioso Satan y sus hermanos.
De la soberbia el trono se desquicia ,
Y entre aullidos de rabia hondos y vanos ,
Entran en el abismo á borbotones
Las infernales hórridas legiones.

XLIV.

Rompe Luzbel el férreo cetro, y lanza
Las tremendas astillas por lo alto :
Y hácia el tropel que llega, airado avanza.
Cual nunca horrible en fiero sobresalto.
«¿Y qué?...» llegó á decir: «¡No hay esperanza»
Contestan los que vienen; y de un salto
Vuelve á su negro trono, y lo derriba
Gritos lanzando en la ansiedad mas viva.

XLV.

No sé si otros extremos violento
Hizo en su furia el rey abominable,
Ni si el tropel vencido alzó cruento
La voz desesperada y espantable;
Porque sin duda que en aquel momento
Cerró Miguel con sello perdurable
La puerta del abismo, y ya no pudo
La Musa ver su centro horrible y rudo.

XLVI.

En tanto permanece desmayada
La pobre Madre, cuya faz destocan
Juan y la Magdalena atribulada,
Que al justo cielo por alivio invocan.
En medio de la furia emponzoñada,
En medio de la rabia con que aun chocan
Los elementos todos, se volvia
Aterrada á Salen la gente impía.

XLVII.

— «Verdad, verdad el Nazareno dijo
(Tal vez iba exclamando algun tribuno) !
» ¡Piedad, Señor! que tú eras de Dios hijo,
» Conoce hora mi afecto inoportuno.» —
Remordimiento acaso lleva fijo
En su pecho de mármol cada uno.
Tambien las hijas de Sion clamaban :
— «Pobre Madre!» — Y el llanto se enjugaban.

LXVIII.

Empero ya Gabriel llega irradiante
A sostener la flor hermosa y pura,
Que habia con su soplo rebramante
Tronchado el huracan de la amargura.
Besa el pié del patíbulo triunfante
Do yace su Señor, y se apresura
Ante la Virgen á caer de hinojos,
Grata vision poniendo ante sus ojos.

XLIX.

Esta debe en consuelo sin medida
Fortalecer el alma de la hermosa,
Y volverla de súbito á la vida
Del parasismo horrendo que la acosa:
Y aunque despues la Virgen dolorida
Sufrirá el filo de la espada odiosa,
Logrará que su pecho lo resista
Mas animado con tan dulce vista...

LXI

Pero cuando ha arrostrado el peregrino
 Furiosas tempestades, y esforzado
 Ha vencido asperezas del camino,
 Y bosques y torrentes ha salvado;
 Si al fin de su viaje ya vecino,
 Se encuentra en quieto y silencioso prado;
 Siéntase á descansar, y fuerzas toma
 Para seguir por la empinada loma.

LIX

Así el patriarca Abran que caminaba (3)
 Hacia Egipto, vencida el aspereza
 Del monte de Bethel, su tienda clava
 Frente á frente de Hai : Jacob empieza (4)
 A reposar así cuando llegaba
 Muy cerca ya de Haran ; y así tropieza,
 Y pára ya mi fatigada musa,
 Y proseguir, sin descansar, rehúsa.

SUMARIO.

CANTO SEXTO.

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

SUMARIO.

Llega el ángel Gabriel, y en medio del letargo de la Virgen le presenta una vision que la consuela.— El limbo.— Los reyes, los patriarcas y los profetas entonan salmos de esperanza y cantan loores á la Señora.— Jesucristo baja al limbo, y redime á los santos padres. — Descendimiento de la Cruz. — María recibe el cadáver de su Hijo.— Lo contempla en su regazo.— Su pena al verlo tan destrozado.

CANTO SEXTO.

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

¿Cui exæquabo te, et consolabor te,
virgo filia Sion?

Jerem. Tren. cap. 2, v. 13.

I.

Invisible Gabriel, provisto empero
De virtud celestial, toca la frente
De la triste María, y lisonjero
Panorama á los ojos de su mente
Va presentando con divino esmero.
Juan y la Magdalena de repente
Cual se estremece ven la Virgen pura
En medio á su letargo de amargura.

II.

Y esfuérzanse á arrancarla del abismo
De pena en que parece sumergida,
No pudiendo saber que al tiempo mismo
Gozando va consuelo sin medida :
¡ Oh ! no salgas del hondo parasismo,
Flor delicada : el aura de la vida
Te volverá á agostar : yo diré en tanto
La vision que adormece tu quebranto.

III.

Allá entre el cielo y el infierno adusto
Hondo lugar estaba prevenido
Por decreto eternal, para que el justo
El dia allí aguardase esclarecido,
En que la sangre del Cordero augusto
Hubiérale la via apercebido ,
Por donde limpio ya de mancha impura
Subiese á la mansion de la ventura.

IV.

En el lugar aquel no mas lucia
Débil rayo de nítida esperanza,
Que ora casi del todo se extinguia
Ora brillaba con mayor pujanza.
El alma allí suspensa no gemia
Bebiendo del Dios fuerte la venganza;
Pero santa impaciencia la devora
Por ver brillar de redencion la aurora.

V.

No está cerrada la bronceínea puerta
Por donde entra la luz, y mas excita
El ansia de salir que se dispierta
En todo aquel que en el recinto habita;
Pero la guarda un ángel muy alerta
Con ígnea espada que en su mano agita :
La misma con que un dia ;dura prueba!
Lanzó del paraíso á Adan y á Eva.

VI.

Ofrece ante la hermosa fantasía
De la Madre de amor esta morada
Solicito Gabriel, miéntras yacía
Al pié del tronco santo desmayada.
¡Oh cuánto, cuánto vió la Vírgen pia !
¡ Cuántas augustas sombras ! extasiada
Su mente al reparar en tal portento ,
Casi olvidó su mal por un momento.

VII.

Allí Abel inocente y la primera
Víctima ¡ oh Dios ! de la perfidia humana :
Con él cien otros cuya fe sincera
Explotó el malo con doblez tirana.
Allí Noé, que la tormenta fiera
Debió á la alta justicia soberana
Poder salvar, y el padre fué segundo
Universal del renaciente mundo.

VIII.

Allí Abran el pacífico, el creyente,
Orígen claro de la Vírgen bella :
Lo señala Gabriel, y dulcemente
Conmovida lo ve la blanca estrella:
Su luenga barba y espaciosa frente,
La hermosa majestad con que descuella
Todo, todo lo mira y lo repara
De tronco tan feliz la hermosa vara.

IX.

Luego vió á Isaac , aquel que resignado
Dió su garganta al paternal cuchillo ,
Siendo en el duro trance libertado
Por su obediencia y corazon sencillo :
Y á Jacob, y á Raquel (era extremado
En esta de hermosura el claro brillo) :
Y á cien patriarcas mas, que suspiraban,
Y el santo advenimiento allí esperaban.

X.

¡ Oh cómo se espació la Madre pura
Al contemplar espléndido, irradioso
Con la luz del Sinái en que aun fulgura ,
Al gran legislador , al poderoso
Salvador de Israel cuando le apura
De Faraon el yugo ignominioso ,
Al que en los hondos senos de la tierra
La maldad de Abiron potente encierra.

XI.

Despues ante sus ojos se presenta
Un sumo sacerdote : Aaron. Su mano
El turíbulo de oro fiel sustenta ,
Donde humëa timiama soberano ,
Solo ofrecido á Dios : su frente ostenta
Rayos de luz preclara (el nombre, ufano
Lleva de Jehová) ; y á maravilla
Con el ephod y el racional aun brilla.

XII.

Vió además cien caudillos esforzados,
Los que al pueblo escogido, en la pelea
Dieron triunfar : Josué, que dejó atados
Los impetus del sol : Júdas, que ojea
En tierra de Bezec diez mil soldados,
Y extermina la furia cananea :
Gedeon, que al sonido de sus trompas
Por tierra echó las madianitas pompas.

XIII.

Con estos van sin par en hermosura,
La profetisa Débora guerrera ;
Y Jael , que clavó con punta dura
La frente de Sisara altiva y fiera ,
Y tú, linda Judit, valiente y pura ,
Consuelo de Betulia lastimera ,
Que el brillador acero en noble arrojo
Dejaste en sangre de Holoférnes rojo.

XIV.

¡Pero cómo se place la Señora
Cuando mira á David, al Rey Profeta,
Su gran progenitor! Deslumbradora
Diadema los cabellos le sujeta,
Armiño imperatorio mas decora
Su presencia real, su mano inquieta
Roba tonos al arpa mas preciosa
Que se escuchó en Sion la venturosa.

XV.

A su diestra, los reyes que sentaron
La piedad en su trono, y por las vías
Rectas de la justicia caminaron :
A su izquierda, el magnífico Isaías
Con la lira sublime en que brotaron
Sacras, incomparables armonías,
Y los demas videntes van cantando
Endechas de esperanza en tono blando.

XVI.

Las principia David : —« Señor, entiende,
» Entiende en ayudarme : el clamor mio
» Llegue hasta tí ». — Y al punto el aire hiende
La voz del coro armonioso y pio :
—« Baja, Señor, á esta mansion descende :
« Lloved, cielos, al Justo cual rocío (2) :
» Abre, tierra, tu seno, y brota fuera
» Al Salvador que nuestro afan espera. » —

XVII.

Mas ¡ay! ¿quién aparece ante la mente
De la Madre de Dios, que ha suspirado
En medio de su mal tan dulcemente?
¡Oh! son Ana y Joaquin: su padre amado,
Su tierna madre. En balsamo clemente
El pecho de la Virgen se ha bañado!
¿Por qué no dura la ilusion querida?
Prolóngala, ángel santo, por tu vida.

XVIII.

Pero en pos ¡oh momento delicioso!
 ¡Oh instante de ventura bendecido!
 Ve María á Josef, su tierno esposo,
 Apoyado en el báculo florido.
 Lo ve, quiere llamarlo, y perezoso
 Formar no puede el labio ni un sonido;
 Pero su alma entre amores le decia:
 «¡Josef, Josef! ¿me ves?... soy tu María...»

XIX.

Mas súbito Daniel su mente inflama:
 Daniel, amansador de los leones,
 Con voz de gozo, atropellado clama
 Mirando á aquellos inclitos varones:
 —«¡Oh cuánto el cielo en su piedad nos ama!
 » Ya vamos á romper nuestras prisiones:
 » Mediada veo la semana aquella (3)
 » En que el hostia se immola santa y bella.

XX.

» Un cántico de gracias á la hermosa
» Que trajo al mundo al Capitan divino
» Que, debelada ya la culpa odiosa,
» Se acerca á embellecer nuestro destino...»
No pudo continuar, porque le acosa
La voz de aquel senado peregrino,
Que desatada en cantos seductores,
Repite de María los loores.

XXI.

—«Ave, estrella del mar, graciosa y pura (4)
» Alma, Madre de Dios, nuestro consuelo,
» Virgen de inmaculada donosura,
» Puerta feliz del suspirado cielo.»—
¡ Oh cuánto alivio la Señora apura
Cuando oye aquel cantar! Calma su anhelo
De modo que Juan piensa que divisa
De su *Madre* en el labio una sonrisa.

XXII.

Pero de pronto pásmanse los senos
De la oscura mansion : el ángel santo
Que guardaba la puerta, con serenos
Ojos, do brilla celestial encanto,
La espada esconde : de armonía llenos
Percíbense los ecos de otro canto ;
Y una luz divinal el limbo pinta
Con indecible inusitada tinta.

XXIII.

¿Quién se acerca, quién llega?... ¡Cómo crecen
Los nítidos fulgores!... ¡Oh María!
¿Qué es lo que ve tu mente?... Se estremecen
Aquellos justos : póstranse á porfía :
Sus ojos cual luceros resplandecen :
Mudos yacen de pasmo, y de alegría...
Míralo, ya ha llegado : — «¡Hosana, hosana!»
La voz de ángeles mil repite ufana.

XXIV.

«¡Hosana!» contestara el firmamento,
Y el seno de la mar al tiempo mismo :
«¡Hosana, hosana!» retumbó en el viento,
En el cielo, en la tierra, en el abismo.
«¡Gloria al que nos redime!» en el momento
Gritan aquellos padres. — «Su heroísmo
» Bendito sea, y su clemencia pia :
» Gloria al Hijo de Dios y de María!»

XXV.

Es como soles mil, y nadie puede
Ver de hito en hito el brillo en que fulgura :
Solo á la tierna Madre se concede
Que goce en su ilusion tanta ventura.
¡Dulcísima ilusion! Por ella
El ansia horrible de la Virgen pura ;
Y cual nunca el Tabor lo presenciara,
Hé aquí que mira al Hijo cara á cara.

XXVI.

¡Entónces sí que bajan á raudales
Consuelos y delicias á su alma!
¡Entónces sí que sus agudos males
Encuentran dulce, imponderable calma!
¡Entónces sí que espíritus celestiales
Le quitan de la mano la áurea palma
De mártir, y no ve la Magdalena
Ni un señal en su frente de honda pena!

XXVII.

En éxtasi de amor la Madre santa
Oye luego una voz, la voz aquella
Que dice : LA LUZ SEA, y se levanta
La luz al punto enardecida y bella :
La misma voz que al serafin encanta :
La misma voz que los infiernos sella :
« ¡ Venid, benditos de mi Padre! » Al punto
Queda el limbo del cielo fiel trasunto.

XXVIII.

Patriarcas , y reyes y profetas
Entonan el cantar que oyó Isaías :
«¡ *Santo, santo !...* » Las vírgenes discretas
Concluyen : «¡ *Santo !* » en dulces armonías.
Los sumos sacerdotes sus navetas
Agotan ; y entre sacras melodías ,
Los justos todos y el Señor al frente ,
Vuelan al almo cielo alegremente.

XXIX.

¡ Ya pasó la ilusion ! Madre amorosa ,
¡ Cuán dulce es reposar tras la fatiga !
Volvió á tu rostro la encendida rosa ,
Volvió á tu pecho la quietud amiga :
Mas poco durarán , que ya te acosa
El vivir , y otra vez el mal te hostiga.
¡ Qué escena te prepara el mundo ingrato
Cuando tornes á él tras breve rato !

XXX.

Miéntras la Vírgen en letal desmayo
Al pié de la alta Cruz muda yacia,
Como azucena que inclinara en mayo
Su frente hermosa al espirar del dia,
Lanzaba acaso el sol su último rayo,
Triste á no poder mas, y relucia
Al resplandor de verdinegra lumbre
Del Gólgota escarpado la alta cumbre.

XXXI.

¡Qué pavor, qué tristeza, qué profundo
Silencio allí! Ni susurraba el viento :
Dijérase que el sitio tremebundo
Dejó acosado de temor violento.
Solo se via al Redentor del mundo
Finado en el patíbulo sangriento ,
Y á su Madre, y á Juan y á las Marías
De tarde infanda entre las sombras frias.

XXXII.

Mas de pronto un mortal salvando viene
La aspereza del monte : ya resbala,
Ya torna á caminar , ya se detiene
A otro esperando : el uno larga escala
Lleva en sus hombros ; y en su mano tiene
El otro un lienzo que en blancura iguala
Del cisne hermoso á la brillante pluma,
O del torrente á la nevada espuma.

XXXIII.

Y quién es el que osado se recrea
En acercarse al sitio luctuoso?
Vedlos : este es Josef de Arimatea,
Aquel es Nicodémus el piadoso,
Que, desahogada ya la furia hebrea,
De Pilato obtuvieron ominoso,
El cuerpo del Señor; y en el momento
Van á encerrarlo en limpio monumento.

XXXIV.

Josef llega: el primero es que se inclina
Ante la Cruz, del mundo salvadora,
Y hasta el suelo su frente se avecina
Invocando la Cruz do el Cristo mora.
¡ Oh cuántos en pos de él esa divina
Figura adorarán, como él la adora!
¡ Primer cristiano!, un día de ese modo
Veráse ante la Cruz al mundo todo.

XXXV.

Nicodémus dirige su mirada
A la Virgen; cual Madre la saluda:
« ¡ Oh Madre! Dios te salve », y nacarada
Lágrima corre en su mejilla ruda.
¡ Oh cuántos en pos de él á la angustiada
Reina que yace en agonía cruda
Saludarán así! Llegará un día
En que le diga el orbe: ¡ *Madre mia!* !

XXXVI.

Despues á Juan y á las mujeres vuelto ,
«Paz á vosotros», dice , y se prepara
A escalar el patíbulo , resuelto
A arrancar de él la víctima preclara.
Josef despliega el lino al aire suelto ,
La escala allega , y con presteza rara
Sube , golpea , fuerza , y muy en breve
Los duros clavos su piedad remueve.

XXXVII.

Al estrépito fué cuando , perdida
Ya la dulce ilusion , alzó su frente
La Vírgen Madre. ¡Escena dolorida!
Piensa que sueña su confusa mente ;
Mas ve , conoce , tiembla , tiene vida :
Levántase afanosa de repente ,
«¡Hijo!» exclama ; y abriendo el mantopio,
«¡Hijo!... á mi seno tu cadáver fio...»

XXXVIII.

¿A cuál compararé tu horrible pena,
Virgen hija de Sion ; ó qué consuelo
Podré encontrar al mal que te condena
A llorar, y llorar en triste duelo?...
Mas ved que ayudan ya la Magdalena,
Y Juan, y las mujeres con anhelo
A los piadosos que vertiendo llanto
Arrancan á la Cruz el cuerpo santo.

XXXIX.

¡Cuál baja entre los lienzos sostenido
Que preparó la caridad mas pia,
Yerto, inmóvil, pesado, denegrado,
Bañada en sangre la cabeza fria,
Rotas las manos, el costado hendido!..
Pero hácia él alánzase María :
Ya llega, ya le asió : ¡tiernos excesos!
Ya atropellada lo cubrió de besos.

LX.

Siéntase , y se prepara al triste abrazo,
Y á besarle otra vez la sin ventura...
¡Ay, que ya tiene al Hijo en su regazo,
Ya el cáliz del dolor ávida apura!
So la muerta cabeza pone el brazo
Izquierdo ; con el otro lo asegura ,
Lo halaga fiel... ¡La esposa así queria (5)
Verse halagada por su esposo un dia!

XLI.

Y María no cesa, no se sacia
De mirar á su Hijo : ¡horrible pena!
Llora, y su llanto el corazon no espacia ,
Que de amarguras y de hiel se llena.
Mueve y remueve la cabeza lacia
De su Jesus, su cabellera ordena,
Restáñale la sangre con su manto,
Lávale las heridas con su llanto.

XLII.

Pregúntale, y espera á que conteste :
Sonríele, y aguarda á que sonría :
—« ¡ Hijo mio, hijo mio !.. ¡ Oh ! no era este
» Tu modo de atender á la voz mia...
» ¡ Ay ! ¿ quieres que en mi seno te recueste ?..
» ¡ Ay ! ¿ calma así, Hijo mio, tu agonía ?..
« Dime, responde, mi ventura labra...
» ¡ Una sola, mi amor, una palabra !

XLIII.

» ¡ Bárbaros !.. ¿ cómo han puesto á mi cariño !
» Ya no escucha la voz que lo adurmiera
» Cien veces en Belen cuando era niño,
» Mil veces en Egipto cuando huyera :
» Allí su frente como blanco armiño ;
» Allí de oro su hermosa cabellera :
» ¡ Aquí su frente pura, maculada !
» ¡ Aquí su cabellera, ensangrentada !..

XLIV.

« ¡Pobre de mí!.. ¿no miras, Magdalena?
» ¿Es este ¡oh qué agonía! el amor nuestro?..
» ¡Juan! ¡Hijo mio! (¡moriré de pena!)
» ¿Lo conoces, es este tu Maestro?..
» Decid los que escuchais, si no os condena
» El llanto á enmudecer ¿este que os muestro,
» Decidme, es este el Hijo en quien adoro,
» Mi gloria, mi ventura, mi tesoro?

XLV.

» Ved qué punzante espina »: — ¡y la arrancaba!
— « Ved qué herida tan honda »: — ¡y la cubria!
— « Ved qué rostro tan triste »: — ¡y lo besaba!
— « Vedlo todo... » ¡y temblaba de agonía!
Aquella espina el corazon te clava:
Te hacen morir mil veces, ¡oh María!
Aquel costado abierto, aquellas manos,
Aquellos piés... ¡Dolores inhumanos!

XLVI.

¡Cuántas veces tus labios entre amores
Besaron las heridas de tu Hijo!
¡Cuántas cual ramo de olorosas flores
Al dulce seno lo estrechaste fijo!
En vano el que te mira tus dolores,
Calmar pretende y tu afanar prolijo:
Que no existe tu prenda. ¡Oh crudo anhelo!
Llora como Raquel : no, no hay consuelo.

XLVII.

Y si lo es para tí, Vírgen divina,
Cebarte en contemplar esos despojos,
Mira que ya la noche se avecina,
Y á robártelos va de ante los ojos.
Ya el corazon de Madre lo adivina,
Pues los miembros del Hijo en sangre rojos
Cubre con mas afan, guarda y sujeta,
Tendiendo en torno su mirada inquieta.

XLVIII.

Así la tierna cervatilla guarda
Al hijo que murió junto á su seno :
Tal vez que vuelva á respirar aguarda :
Por él se asusta cuando ruge el trueno :
Por él á un rumor leve se acobarda :
Por él ha abandonado el campo ameno :
Y con el mismo afán que si viviera ,
Por él su gozo y su dolor modera.

XLIX.

Nicodémus , Josef y las Marías ,
Y el tiernísimo Juan ven cómo extiende
El ángel de la noche sombras frías ,
Y los luceros vagaroso enciende
Cruzando raudo las etéreas vías.
¿ Quién á la Madre revelar pretende
Que el sábado se acerca , y con premura
Es fuerza dar al Hijo sepultura ?

L.

¡Nuevo dolor, terrible, agudo, fiero!
¿El bálsamo tristísimo que resta
A su afanar continuo y lastimero,
A su afliccion indómita y funesta,
Ha de perder tambien?... ¡Virgen! yo espero,
Ya que tus penas á apurar se apresta
Mi lira, que tu influjo soberano
Fuerzas inspire á mi cansada mano.



CANTO SEPTIMO.

LA SOLEDAD.

SUMARIO.

Dolor de María al haber de abandonar los restos de **Jesús**.—Sus ansias.—Cortejo fúnebre.—El sepulcro.—Soledad de la Virgen.—Su esfuerzo.—Su triunfo.—El Eterno decreta el galardón de los dolores de la Madre de Dios.—Es glorificada en todo el mundo, y particularmente en España.—Conclusion.

II

CANTO SEPTIMO.

LA SOLEDAD.

¡ Quomodo sedet sola !...

Jerem. Tren. cap. 1, v. 1.

I.

Juan se decide al fin : lleva á sus ojos ,
Para secar el abundoso llanto
(Triste fruto de míseros enojos) ,
La polvorosa extremidad del manto ,
Y exclama : -- « Madre mia , esos despojos
» Aumentan mas y mas vuestro quebranto :
» Madre mia , un esfuerzo ; y cumplirémos
» Con el postrer honor que les debemos.

II.

» Ved que no es bien que la solemne aurora
» Que ha de lucir, os halle aun abrazada
» Con el Hijo insepulto : ved, Señora,
» Que en las alturas Jehová se agrada
» Del alma que padece, mas que adora
» Sus eternos decretos resignada :
» A ellos prestad el corazon sumiso :
» El que en los cielos truena así lo quiso.»

III.

—«¡Juan...»—contesta María, y contra el seno
Estrecha mas á su Jesus querido.
—«¡Señora!..»—insiste Juan de angustia lleno,
Y mirándola afable y dolorido.
—«¡Juan! un momento mas : ¡por lo que peno!—
— ¡ Señora ! ved el cielo ennegrecido...—
—«Aun hay tiempo. ¡Mi amor! ¿ni hecho pedazos
» Guardarte puedo en mis amantes brazos?

IV.

- » ¡Oh Señor! Tú que ves desde la altura
» Mis hondas y terribles agonías,
» Deja que llore al Hijo en mi amargura :
» No te ofendan mis lágrimas sombrías.
» El fué en tiempos mas gratos mi ventura :
» Corona de mi amor fué en otros dias :
» ¡En este huyó mi dicha con preteza!
» ¡La corona cayó de mi cabeza !

V.

- » Mas no rebelde á tu eternal mandato
» Tregua opongo al sufrir, Dios bondadoso :
» Yo tu querer, en mi afliccion, acato....
» Ve, Hijo mio, al sepulcro cavernoso.
» Tomadlo... ¡ay, no ! esperad : un breverato,
» Un ósculo no mas.... así. Mi esposo,
» Mi hijo, mi amor, mi padre, mi consuelo,
» ¿Qué me resta, perdiéndote, en el suelo?»

VI.

Así llora la Madre desolada :
Brota raudal ardiente en su pupila,
Tiembla, gime, se angustia, se anonada,
Pena y mas pena al corazon apila.
La ve la de Magdalo consternada :
Juan va á acercarse, mas su pie vacila :
Mudos Josef y Nicodémus yacen :
Las otras dos en llanto se deshacen.

VII.

Cede por fin cuando la luna viste
Sobre asiento de nácares subida,
En fulgores el cielo, que reviste
La postrer luz del sol muerta y perdida.
¡Oh luna! tú serás lámpara triste
Que en la mitad del cielo suspendida,
El monumento alumbra muy en breve
Do tu mismo Hacedor reposar debe.

VIII.

Juan ante la Señora se arrodilla;
Nicodémus, Josef á cada lado :
Preséntales la Virgen sin mancilla
Humilde y resignada el Hijo amado.
Otra lágrima ardiente á su mejilla ,
Otro suspiro al labio sonrosado
No pudo denegar su afan prolijo ,
Al ver que le arrebatan á su Hijo.

IX.

Y al sentirse aliviar del dulce peso
Aun tiende ansiosa los amantes brazos ,
Buscando en su afliccion el postrer beso ,
Clamando por los últimos abrazos.
¡ Oh del cariño maternal exceso !
Siente su corazon hecho pedazos ,
Y no busca su alivio , y solo encarga
Que no maltraten la preciosa carga

X.

Ya en los hombros piadosos colocada
Está de los varones, que con lento
Paso emprenden del monte la bajada,
Caminando al no usado monumento.
De Obededon desde la fiel morada
Llevóse el arca así del Testamento
A Sion (¡día aquel de altos asombros!),
Alzada en pios venerandos hombros.

XI.

¡Cortejo funeral á maravilla,
Y cuadro que contrista y amedrenta!
Entre las nubes temblorosa brilla
La luna con su luz amarillenta :
Aun el suelo con sangre se mancilla ;
Y como sombra que cruzara lenta
Por el Calvario, vese descendiendo
El grupo que á Jesus va conduciendo.

XII.

Y el aura de la noche tal vez gime,
Y agita el cedro de gigante talla ;
Tal vez las alas húmedas comprime,
Se abate hasta la flor, se oculta y calla.
Entónces ¡ qué silencio tan sublime !
Hasta el ángel del eco mudo se halla ;
Parece que respeta y que deplora
El indecible afán de la Señora.

XIII.

Del astro de la noche los fulgores
Dejan ya ver el limpio monumento,
Mole de mármol blanco entre las flores
De un recodo del Gólgota sangriento.
Aquí verás hundirse tus amores,
Virgen de Nazaret ; prepara aliento ;
Contra esa piedra enmudecida y fría
Va á estrellarse tu gloria y tu alegría.

XIV.

Y en breve, ¡ay Dios! sobre la blanca losa
Ya está tendido el cuerpo sacrosanto :
Cuanto lo cercan, con angustia odiosa
Mas que con agua lávanlo con llanto.
Nicodémus dispone la preciosa
Confeccion de áloe y mirra ; y entre tanto
Olor de suavidad desconocida
Cunde en torno á la fúnebre manida.

XV.

Mas blanco que el cendal de nieve pura
Con que el Carmelo adorna su ancha frente
Cuando en enero vívida fulgura
La hermosa aurora en el rosado oriente,
Es el cendal que debe ¡oh desventura!
Robar de ante la vista prontamente
De la Madre amorosa al Hijo amado :
¡Trance de angustia y de dolor colmado!

XVI.

Ya el extremo del puro sutil lino
Tiene Juan en su mano, y lo levanta
Pronto á cubrir con esmerado tino
La faz que aun muerta al serafin encanta :
Ya.... mas suspende su ademan : vecino
Al brazo suyo el de la Virgen santa,
Impide aquella Madre dolorida
Que le oculten el sol que le da vida.

XVII.

—«¡Juan, Juan! ¿Qué vas á hacer?... (súbito clama):

- » Espera, no me ahogues : un instante ,
- » Darle el postrer adios : tal vez me llama
- » Para ello su pecho impalpitante.
- » ¡Jesus!..., ¡oh grato nombre que aun derrama
- » La dulzura en mi seno agonizante!
- » Recibe mi dolor, mi angustia fiera,
- » Mi llanto y mi caricia postrimera.

XVIII.

- » Yo te abrigué en Belen cuando fulgente
» Al mundo diste tu sonrisa pura :
» Yo cubriré tambien tu hermosa frente
» Cuando baja á alumbrar la sepultura.
» Adios, adios : á mi ansiedad doliente
» No es dado el ir contigo ¡oh desventura !
» ¡Oh tormento indecible !... ve, Hijo mio,
» Ve sin tu Madre ¡ay Dios! al centro frio.

XIX.

Dijo : en el rostro amado deposita
La infelice con lágrimas un beso,
Y extiende el blanco lino que le quita
De los ojos la flor de su embeleso.
—« ¡Padre ! cumplí tu voluntad bendita,
Clama mirando á lo alto ; y el exceso
De su dolor fué tal , que falleciera
Si el potente Jehová no lo impidiera.

XX.

Volvióse á Magdalena, y abrazóla
Buscando alivio á su penar fecundo.
Cuando tornó á mirar... ¡ya estaba sola!
¡Sola, sin Hijo, en el ingrato mundo!
¡Oh cuál la oprime del dolor la estola!
Acababa el sarcófago profundo
De hospedar al Señor, ¡y aun vió María
Desplomarse en pos de él la losa fria!...

XXI.

Un ¡ay! lanzó : no pudo su garganta
Producir tan siquiera otro gemido :
Quedó cual si la piedra sacrosanta
Sobre su frente hubiese descendido.
Miró en torno de sí : ¡cómo la espanta
La noche con su manto denegrido!
Noche en el cielo ve, noche en la tierra,
Noche de horror su corazon encierra.

XXII.

¡Cómo se asienta sola, y apurando
En la copa crüel heces fatales !
Cuantos la cercan , con afecto blando
Calmar procuran sus acerbos males ;
Mas ella ni los ve , sigue llorando ;
Parécenle desiertos los umbrales
Del extendido mundo. ¿Qué le queda
En él , que algun consuelo darle pueda?

XXIII.

¿Adónde volverá los tristes ojos ,
Luceros eclipsados con el llanto ?
¿A dó su planta llevará que abrojos
No pise acrecentando su quebranto ?
¿Quién la libertará de los enojos
De un mar de angustia , y de dolor y espanto ?
Pasó la nube : ¿á la enramada umbría
¡Ay! volverá la antigua lozanía?...

XXIV.

Rasga en tanto el azul del firmamento
La última humilde voz de la Señora,
Y allá del justo ante el glorioso asiento
Retumba como música sonora.
Al escucharlo el serafín atento
Bate las alas que el fulgor decora,
Y repite en el gozo que le agita :
« ¡Padre! cumplí tu voluntad bendita.»

XXV.

El Eterno sonrie : entónce el cielo
Abismado en placer mira patente
El foco de su gloria, y en un velo,
Con la luz de mil soles refulgente,
Lo porvenir pintado : en raudo vuelo
Llegan allí los siglos : su ancha frente
Graban, pasan, y se oye al tiempo mismo
La voz que al cielo pasma y al abismo.

XXVI.

— « ¡ Hija mia ! has vencido , y te coronó
» De gloria y majestad : desde este instante
» Cielo y tierra han de ser fúlgido trono
» Que pises con tu planta rutilante.
» Empíreo , aquí por Reina te la dono ,
» Y mira en ese cuadro centelleante
» Los triunfos que en el mundo le reservo ,
» Cual galardón de su penar acerbo . »

XXVII.

Así dijo el Señor : ¡ y oh quién pudiera
Contar del panorama los primores
Que el serafín entusiasmado viera ,
Y absortos los celestes moradores !
En porfía amorosa y placentera
Vense mil siglos arrojando flores
Hacia la Virgen pura , y ella en tanto
Ríe y las guarda en su fulgente manto .

XXVIII.

Y pasan cien naciones, y adelanta
Mas su amor á la Estrella de los mares.
Grecia sus bellos ídolos quebranta,
Y á la Madre de Dios erige altares :
Roma, la augusta Roma, ya se espanta
De sus númenes de oro tutelares ,
Y donde ellos tuvieron su corona
Coloca el escabel de la *Madona* (1).

XXIX.

Pueblos salvajes su furor suavizan ,
Y abandonan sus ritos luctuosos :
Del fondo de sus antros se deslizan
Y ¡*María!* conclaman amorosos :
Nuevo culto en sus bosques patentizan :
Nueva fe llega á hacerlos mas dichosos :
Ya el nombre de la Virgen peregrina (2)
Muestra en el tronco secular encina.

XXX.

Pasa el tiempo, y se vede entre las ondas
Surgir como doncella pudibunda
América la intacta, con sus blondas
Doradas crenchas, nítida y fecunda ;
Y al punto mismo sus cavernas hondas
La luz del busto de María inunda,
Y ante el fulgor que arroja y con que brilla,
Hasta el indio mas bravo se arrodilla.

XXXI.

¡ Oh cuánto triunfo, Virgen, te dispone
Aquel que de ab-eterno te criara !
Desde do nace el sol á do se pone,
Desde el un polo al otro luce clara
Tu gloriosa beldad. Que desmorone
El tiempo los imperios : tú con rara
Fe serás bendecida : todo el cielo
Así lo mira en el pintado velo.

XXXII.

Los que rigen timon, ó corvo arado,
O espada, buscan la amigable sombra
Del dosel de María : el venerado
Universal pastor solo la nombra
Para ensalzarla : el manto recamado
Cien príncipes extienden por alfombra
De la Señora ante el altar divino,
Que perfuma el incienso de continuo.

XXXIII.

Esméranse las artes halagüeñas (3)
En ornar de la Vírgen los doseles :
Alzanse templos do se alzaban breñas :
A engalanar su culto acuden fieles
Los poetas con cítaras risueñas,
Los pintores con vívidos pinceles,
Y los mismos dolores de María
Vense al genio inspirar de la armonía.

XXXIV.

¡ Oh ! decir cuánto el cuadro que arrebató
La atención de la corte en que Dios mora,
En sus colores nítidos retrata ,
No pudiera la lira mas sonora :
Pero ¡ musa ! un esfuerzo , y me relata
Cuál es aquella tierra que el sol dora
Con tanta suavidad y gracia tanta,
Que al coro de los ángeles encanta.

XXXV.

¡ Oh ! ¡ Mi patria , mi patria florecida ,
La piadosa sin par , la bella España !
De lauros mil su frente circuida ;
Con rios de oro de hermosura extraña ;
Con vegas ricas de esperanza y vida ,
Que el sol de mayo con sus luces baña ;
Cuyos hijos son héroes... ¡ Virgen pura !
¡ Cómo esta tierra con tu amor fulgura !

XXXVI.

A ella te ven los ángeles divinos (4)
Llegar de mortal carne aun adornada,
Y en *Pilar* de reflejos diamantinos
Del mundo universal ser adorada :
En ella monumentos peregrinos
Te eleva la piedad mas esmerada :
Ni monte, ni ciudad, ni aldea tiene
Que con tu nombre ¡oh Virgen! no resuene.

XXXVII.

De la sagrada tumba portentosa
Que á Yago (el santo apóstol) guarda pia,
Al alto Monserrat : de la riscosa
Cumbre del Pirineo á Andalucía,
El cielo ve con ansia jubilosa
Encumbrada la gloria de María,
Y que brota esta tierra, mas que flores,
A su beldad adoracion y amores.

XXXVIII.

¡Ay! tambien en el lienzo soberano
Que el fulgor de los cielos tornasola,
Estás pintado por la eterna mano,
Valle de mi niñez. En el Mariola (5)
En la florida márgen del Clariano,
Un amor, una voz, una alma sola,
Con fe, con entusiasmo, con locura,
A la Virgen aclama hermosa y pura.

XXXIX.

¡Oh! y á la regia estirpe de Pelayo
Ve el querub ensalzando á la Señora :
¡*Maria!* en sus banderas : y cual rayo,
Al invocarla, esgrime brilladora
La invicta espada que en letal desmayo
Hunde en Iberia la falanje mora :
Y despues Recaredo, Ferdinando,
Y mil mas á la Virgen ensalzando...

LX.

Ni es biencallar al Salomon de España (6),
Alfonso, el Sabidor, de gran valía,
Que sus eternos códigos apaña
En siete partes, cual memoria pia
De los siete dolores que en extraña
Amargura inundaron á María ;
Y cuyo nombre en cítara sonora
Elevó á las regiones de la aurora.

XLI.

¡Cómo sonrie el ángel placentero
Al ver que asoma al cuadro portentoso
El grande, el inmortal Cárlos tercero,
Padre del pueblo, rey esplendoroso (7) !
En su mano relumbra cual lucero
El *Collar de la Orden* irradioso
Que el honor de la Virgen ha por norte ,
Y orna con él al prócer de su corte.

LXII.

Ya gloria de la estirpe soberana
La segunda Isabel allí aparece...
Los ángeles la miran como á hermana :
¡ Tanto en gracia y pureza resplandece !
Bella como la flor de la mañana
Que al aura suave del abril se mece,
¡ Madre ! dice á María ; y la Señora
De la fe de tal hija se enamora...

LXIII.

Mas fuera no acabar : en un momento
El morador del cielo vió patente
El seno de mil siglos. El portento
De triunfos y de glorias permanente
Reservado á la Virgen, no mi acento,
No labio mas dichoso y elocuente
Contar pudiera en años sin medida ,
¡ Y yo siento mi voz desfallecida !

XLIV.

¡Oh Musa, que tan tierna y amorosa
Por el áspera via me has guiado,
Y las palmas de Efrata la preciosa,
Y de Sion las sendas me has mostrado,
Y de Jehová la gloria esplendorosa,
Y el viso del Calvario ensangrentado,
Y el infierno vencido, y de María
La fortaleza al par que la agonía!

XLV.

Adios, adios : mi gratitud recibe ;
Tú has sido mi delicia y mi consuelo.
Si alguna vez el llanto me prescribe
La voluntad del Hacedor del cielo,
No tardes en volver : tu influjo arribe
A confortarme en el amargo duelo ;
La sombra de tus alas blandamente
Baje á dar paz á mi ardorosa frente.

XLVI.

Y tú, Señora, que del sol vestida
Pisas la luna, y nítidas estrellas
Muestras en esa frente bendecida,
Llena de gracia con sus luces bellas;
Esos tus ojos, celestial manida
Adonde envía el triste sus querellas,
Vuelve amorosa hácia mi patria amada,
Y házla siempre feliz con tu mirada.

XLVII.

Y si te plugo el lastimero canto
Con que lloré tus hórridos dolores,
¡Virgen! tengo una madre : ¡la amo tanto!
No le niegues tu amparo y tus favores.
Yo humilde llevo hácia tu templo santo,
Donde tu imágen brilla entre fulgores,
Mi pobre lira á tu beldad sujeta.
¿Bendecirás, María, á tu pöeta?...

FIN.

NOTAS.

NOTAS.

NOTAS AL CANTO PRIMERO.

(1) Ipsa oppressa amaritudine.

Jeremías, etc.

Acaso no faltará quien note y extrañe que todos nuestros cantos lleven al principio un texto exclusivamente de los *Trenos* de Jeremías. No tememos que esto se atribuya á dificultad de encontrarlos en los demas libros de la Biblia : los de los Salmos y de Job particularmente nos hubieran podido ofrecer mil ayes sentidos en cada página, y otras tantas sentencias sobre el dolor en cada hoja. Manifestamos pues que para usar de este exclusivismo en favor del *profeta de las lamentaciones*, no hemos tenido otra causa mas que nuestra aficion á su estilo suavemente melancólico, al que hemos debido muchas de nuestras pobres inspiraciones, y el deseo de manifestar que cuando Jeremías lloró sobre el abatimiento de la Ciudad Santa, no parece sino que lamentó tambien el que tuvo que sufrir años mas adelante la heroína de nuestros versos : tanto le cuadra la mayor parte de los que componen los *Trenos*.

- (2) En Belen de Judá nardo precioso
Ya despidió su aroma portentoso.

Nardus mea dedit odorem suum. Can. cantic., cap. 1,
v. 11.

- (3) Cuando María, cual purpúrea rosa
De Jericó la celebrada orgullo,
Prepárase á cumplir ley imperiosa, etc.

La expresa en el capítulo XII del Levítico, segun la cual á los siete dias de haber nacido un niño debia ser circuncidado; y á los treinta y tres mas, ó los cuarenta de haber parido la madre, debia purificarse esta presentándose con su hijo en el templo, ofreciendo en holocausto un cordero ó dos palomas, segun las facultades ó riqueza de cada cual, y abonando el prescrito número de *siclos* por el *rescate* del infante, si fué primogénito. El abate Orsini en su interesante *Historia de la Madre de Dios*, dice en el principio del libro doce: «Es indudable que semejante ley no obligaba á la Virgen, porque no habia nada de comun entre la impureza y la castísima Esposa del Espíritu Santo. Pero esta, á pesar de su sublime inteligencia, no discutía las leyes de Moises, y puntualmente las observaba. Muy distante María de patentizar al mundo el asombroso milagro de su maternal virginidad, cubrióle con triple velo, aspirando á perderse entre la multitud; recordó sus deberes como hija de Sion, y para cumplirlos dió al olvido sus prerogativas celestiales. María era superior á la ley por la gracia, mas la sujetó á ella su humildad, como dice San Agustín.»

- (4) Me dirán venturosa las naciones.

Beatam me dicent omnes generationes: palabras de la misma Virgen dichas con diferente ocasion en su lindísimo cántico *Magnificat*. No hemos vacilado en hacer que la Señora las repitiese al despedirse de Belen, cuando madre ya del Redentor del mundo, vió cumplido el anuncio que recibió en Nazaret del celestial parainfo, por cuya nueva prorumpió en el cántico mencionado.

- (5) Que al lago de Asfaltide el curso envía.

El lago de Asfaltide es el mar Muerto. Véase Calmet : Dic. Bib. palabra *Asphaltos*.

- (6) Y ya al regio sepulcro soberano
De la hermosa Raquel llega María.

El sepulcro de Raquel, esposa de Jacob, está en medio del camino que conduce de Belen á Jerusalem. Véanse las tablas geográficas de Antonio Vitre, en su edicion de la Biblia, palabra *Sepulcrum Rachel*.

- (7) Sobre los altos montes asentada
Porque su angusta majestad se vea,
Por el potente Altísimo fundada,
Írguese la Ciudad reina en Judea

Jerusalem está situada sobre los montes Sion y Moria. Véase el salmo LXXXVI, del que es casi una traduccion la presente octava.

- (8) Allí María por enmedio pasa
De tanta confusion y tropel tanto.

Es sabido que los antiguos hebreos tenían en las puertas de las ciudades sus principales puntos de reu-

nion, sus tribunales y sus mercados. Por esto decimos en la octava siguiente, que allí compró José las dos palomas para la presentación de su hijo en el templo. Hablándose en el capítulo III del libro II de Esdras sobre los que edificaron en varios parajes de Jerusalén, se dice: «*Ædificavit Melchias filius aurificis us-
»que ad domum Nathinœorum, et scruta vendentium
»contra portam judicalem, et usque ad cœnaculum
»anguli. Et inter cœnaculum anguli in porta gregis
»ædificaverunt aurifices et negotiatores.*»

- (9) El templo en fin: ante su mole santa
Párase muda del Cison la hermosa

El Cison es un río de poco caudal que nace en el valle de Jezrael, y pasa por entre Nazaret (patria de la Virgen) y el monte Carmelo.

- (10) ¿O le causa pavor el pensamiento
De verlo y de morir en el momento?

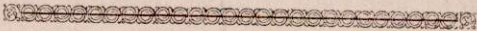
Creían los hebreos que nadie podía ver á Dios cara á cara y vivir, porque así lo dijo el mismo Dios á Moisés: *Non enim videbit me homo et vivet.* Exod. cap. XXXIII. v. 20.

- (11) Bajo el *ephod* purísimo y sagrado
El peso de los años sostenía
Con frente calva y respirar cansado
El anciano Simeon.

El *ephod* era una insignia sacerdotal que abrazando por detrás el cuello del que la usaba, caía cruzándose ante el pecho á manera de la estola de nuestros

sacerdotes ; y con sus extremidades servia luego de ceñidor de la túnica : el del pontífice era de oro , y de lino el de los demas. No dice el Evangelio que Simeon fuera sacerdote, pero lo afirman muchos y muy eruditos escritores antiguos, cuya opinion he seguido. Véase Calmet : Dic. Bib. palabra *Simeon*.

Aunque en todas las pinturas antiguas y modernas se nos presenta á Simeon con el *racional* ademas del *ephod* , heme abstenido de hacer mencion de aquella insignia, porque solo fué de uso de los pontífices ó sumos sacerdotes hebreos, y es muy sabido que no se contó como tal el santo anciano de quien hablo.



NOTAS AL CANTO SEGUNDO.

- (1) Allá cerca de Edom en negro dia.

Cansado el pueblo de Israel de caminar por el desierto alimentándose solamente con el maná, murmuró contra Dios y contra Moises; y en castigo de tal pecado se vió acometido de terribles serpientes cuyas mordeduras eran mortales, y de las que solamente sanaban los que podian mirar la simbólica y célebre serpiente de metal construida de orden de Dios. Esto sucedió despues de haber partido los israelitas del monte Hor, y habiendo de pasar no léjos de Edom. Véase el libro de los Números, capítulo xxi. verso 4 y siguientes.

- (2) Llevan en un instante el fiero amago
Del valle de Tofet á los umbrales.

El valle de Tophet estaba muy cerca de Jerusalem; y confieso que esto, y el haber sido contaminado con la adoracion que en él dió el pueblo hebreo á los dioses falsos, fué la única causa que tuve para hacerle desembocadero del infierno. Llamóse tambien Ennon, ó Benenom, y he visto recientemente en el Diccionario geográfico de la Biblia anotada por el P. Scio y publicada recientemente en Barcelona, que á dicho valle se le impuso ademas el nombre de *Geenna* ó *del infierno*, lo cual me ha confirmado en el pensa-

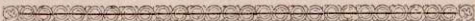
miento de hacer que por dicho punto llegasen á la tierra los satélites de Luzbel. Véase el Diccionario citado, palabra *Ennon*.

- (3) Que en Belen de Judá cual predijeron
Cien profetas y cien la hermosa vara
De Jesé flor daria.

Véase el capítulo xi de Isaías : no puede darse mas terminante vaticinio del nacimiento de Jesucristo. Jesé es Isai, que fué padre de David.

- (4) Mas ya con aquel oro de los magos
He adquirido esta pobre jumentilla
Que á salvo te conduzca.

El P. Gibieuf opina que debió ser corta la cantidad de oro ofrecida por los magos á Jesus : yo supongo que pudo bastar para que su padre adquiriese una *pobre jumentilla* con que ponerlo á salvo de la furiosa persecucion de Heródes.



NOTAS AL CANTO TERCERO.

- (1) ¿Qué hay de estable en el mundo? Huye la hora
De esparcir fecundísima simiente, etc.

« Omnia tempus habent, et suis spatiis transeunt
» universa sub cœlo. Tempus nascendi, et tempus
moriendi. Tempus plantandi, et tempus evellendi quod
plantatum est. etc.» Eccles. capítulo III, verso 1 y si-
guientes.

- (2) Peregrina en su patria vagó un día,
Del destierro al llegar, la Virgen bella.

Es opinion comun que el destierro de la sacra fami-
lia duró mas de siete años.

- (3) Hendido en partes el humilde techo
Contra la lluvia equinoccial no abriga.

En todas partes son los equinoccios tiempos de llu-
via; pero particularmente en la Judea y en el solsti-
cio de otoño.

- (4) Ante Dios y los hombres, puro y tierno
Jesus llegó á contar los doce abriles
Creciendo en ciencia.

« Et Jesus proficiebat sapientia, et ætate, et gratia
» apud Deum et homines. » Así concluye el capítulo II
del Evangelio de San Lucas.

- (5) Víanse los caminos que guiaban
A la ciudad de Dios, de gente llenos: etc.

No se crea que exageramos el bullicio y la alegría con que los judíos de todas las poblaciones acudían á Jerusalem á celebrar la Pascua, como les mandaba su ley. El abate Fleuri dice en su erudita obra sobre las costumbres de los israelitas, qué era para los hebreos la mas agradable nueva el oír que se acercaba dicha festividad, y que en breve tendrían que acudir á la casa del Señor; que consideraban dichosos 'á los que en ella vivían; que *pour y aller on marchoit á grandes troupes en chantant et jouant des instrumens*; y que se creían muy desgraciados los que no podían acudir á la fiesta, como David que de ello se duele tan á menudo en su destierro.

- (6) Y otra María.

No dice mas el Evangelio: *et altera Maria*. Ni yo he podido averiguar quién fuese.

- (7) Y comió del cordero, que inmolóse
Por los hijos de Aaron con rito vario
Entre una y otra vispera.

Inter duas vespervas: esto es, desde que el sol entraba en cierto punto de su declinacion hasta que llegaba al ocaso. El P. Calmet cree que segun nuestro cómputo, vendria esto á ser como desde las dos de la tarde hasta las seis. Es curiosa la relacion del ceremonial con que debia celebrarse la festividad de la Pascua, y puede verse en el Diccionario bíblico del

citado P. Calmet. Sobre los *panes ácimos* y la *lechuga amarga* de que hago mencion en el texto, dice :
« Eadem nocte, qua agnus immolabatur, comedendus
» erat, assus, cum *pane acimo* et *lactucis* agrestibus ;
» hebrœum ad literam, cum *amaris* rebus, veluti sina-
» pio, seu quopiam simili, ut omnis sapor tolleretur.»
Dic. Bib. palabra *Pascha*.

(8) Así el profeta de Anatot, etc.

Jeremias era natural de Anatot, ciudad sacerdotal en la tribu de Benjamin. Véase el capítulo 1, v. 1 del Lib. de este profeta.

(9) Aroma de purísimo timiama.

El timiama era un incienso exquisito, confeccionado de muchas y muy preciadas materias, el cual solo podía quemarse en honor de Dios. En el Exodo, cap. xxx v. 34 y siguientes, se enumeran los principios de que debía componerse ; tambien habla sobre el timiama el señor D. Tomas Josef Gonzalez Carvajal en su apreciable traduccion de los Salmos, nota al versículo 5 del cXL.

NOTAS AL CANTO CUARTO.

- (1) ¡ Ariel ! ¡ay de tí , etc.

Ariel es Jerusalem : así la llama Isaías en el capítulo xxix de su profecía, al predecir el cerco y aflicción de dicha ciudad.

- (2) Hacia el Gábbata acudes cual demente.

Gábbatha se llamó un lugar en el palacio de Pilato , donde este tenía su tribunal , y donde pronunció sentencia contra Jesus. Véase el Evangelio de San Juan, cap. xix , v. 13.

- (3) Y llamó á aquel que llora , venturoso ; etc.

En esta octava he procurado compendiar el sublime y célebre sermón de la montaña. Véase el Evangelio de San Mateo , cap. v , v. 3 y siguientes.

- (4) Ya cuatro veces al vergel umbroso
 Con su gala el abril vestido había ,
 Desque á su tierno , á su feliz esposo
 Hundirse en el sepulcro vió María.

«Al entrar Jesus en los veintinueve años, el ángel de
»la muerte vino á diezmar la sagrada familia : José,
»el patriarca de costumbres antiguas , cuya sumisa
»fe y sencillez corazón recordaban los tiempos de Abra-
»ham y de la *tienda* ; José , honrado por el Espíritu
»Santo con el bello epíteto de justo , durmió dulce-

»mente en el seno del Señor entre su hijo adoptivo y
»su casta esposa.» Histor. de la Madre de Dios, por el
abate Orsini : traduccion del Dr. F., libro xv.

(5) ; Cuánto es terrible un pueblo que ha olvidado
De ley tranquila el saludable freno !

El autor citado en la anterior nota, dice en la misma
historia y libro : «Siempre tuvo instintos feroces el po-
»pulacho de todas las naciones ; pero el de los hebreos
»fué mucho mas allá de lo ordinario en la ocasion pre-
»sente.»



NOTAS AL CANTO QUINTO.

(1) Esto dice el Señor Dios soberano.

Hæc dicit Dominus: así empiezan muchos capítulos de los profetas, particularmente de Isaías y Jeremías.

(2) ¡Eli, sagrado Eli, Dios bondadoso!

Eli se interpreta *Dios mio*.

(3) Así el patriarca Abran que caminaba
Hacia Egipto, etc.

Véase el Génesis, cap. xii, v. 15.

(4) Jacob empieza
A reposar así cuando llegaba
Muy cerca ya de Haran.

Véase el Génesis, cap. xxviii, versos 10 y 11.

NOTAS AL CANTO SEXTO.

- (1) Señor, entiende,
Entiende en ayudarme : el clamor mio
Llegue hasta tí.

Palabras de los salmos LXIX y CI.

- (2) Lloved, cielos, al justo cual rocío : etc.

Traduccion del sublime rasgo de Isaías, cap. XLV, ver. 8. *Rorate cœli desuper, et nubes pluant justum: aperiatur terra et germinet Salvatore.*

- (3) Mediada veo la semana aquella
En que el hostia se inmola santa y bella.

Terminante profecía de Daniel sobre el tiempo en que debia acaecer la muerte del Redentor, es aquella del capítulo ix, versos 26 y 27. «Et post hebdomades »sexaginta duas occidetur Christus..... Confirmabit autem pactum multis hebdomada una: et in *dimidio* »hebdomadis deficiet hostia et sacrificium.» La edicion de la Biblia por Antonio Vitre tiene la siguiente nota á este lugar: (hebdomada una) *Sive ultima, in qua, tribus annis cum prædicaverit Christus in medio hebdomadis anno, tribus aliis hinc inde terminato, hoc est anno mundi 4036, æræ vulg. 33, occidetur et deficiet hostia.*

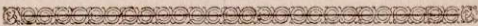
(4) Ave, estrella del mar, graciosa y pura.

¿Se me dispensará el anacronismo de haber puesto en boca de los padres del limbo el *Ave maris stella*, himno de encantadora suavidad, compuesto por la Iglesia muchos años despues con objeto de cantarlo en las festividades de la Virgen? Debo esperarlo, porque muchos de los que supongo que lo entonaron, eran poetas de primer orden, y no me parece inverosímil el que se les ocurriesen para celebrar á la Madre del Salvador los mismos pensamientos que despues se ocurrieron á la Iglesia con igual fin. Si doy por mi mala ventura con algun rigorista á quien esto no satisfaga, confieso que no tengo otra disculpa.

(5) ¡La esposa así queria

Verse halagada por su esposo un dia!

Alusion al versículo 6 del capítulo II del *Cantar de los cantares*: «*Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.*»



NOTAS AL CANTO SÉPTIMO.

- (1) Coloca el escabel de la *Madona*.

Así llaman los italianos á la Santísima Virgen.

- (2) Ya el nombre de la Virgen peregrina
Muestra en el tronco secular encina.

El amor á la Madre de Dios se fué extendiendo entre las razas bárbaras del Norte durante los primeros siglos del Cristianismo, y debió penetrar hasta en sus ásperos bosques. En la Crónica del culto de María Santísima escrita por el abate Orsini al fin de la Historia ya citada en estas notas, se lee lo siguiente: «El pen-
»samiento cristiano erigió cruces de granito que do-
»minaban los ritos supersticiosos derivados de los
»celtas. Las encinas que por ocho siglos dieran á los
»drúidas las *ramas de los espectros*, recibieron en sus
»profundas cavidades la agradable imágen de María, y
»junto á las fuentes de sus *hadas* encontraban los bár-
»baros á María y á los santos.»

- (3) Esméranse las artes halagüeñas
En ornar de la Virgen los doseles, etc.

Creería ofender la ilustracion del que esto leyere, si con el sin número de ejemplos que se encuentran á cada paso, quisiera confirmar lo que en el texto se dice. ¿Quién desconoce que al amor de la Señora han

debido sus mejores inspiraciones la arquitectura , la escultura , la poesía, la pintura , la música , todas las artes? Ahora mismo oímos decir á muchos inteligentes que la mejor obra del célebre maestro músico Rossini, es su *al Stabat Mater*. A esto aluden los dos últimos versos de la octava á que pertenece esta nota.

- (4) A ella te ven los ángeles divinos
Llegar de mortal carne aun adornada.

Es opinion de muchos historiadores , y tradicion muy conservada entre los naturales de Aragon, la de haber llegado á Zaragoza la Santísima Virgen en carne mortal llevada por los ángeles. El culto de *Nuestra Señora del Pilar* es conocido en todo el orbe cristiano.

- (5) En el Mariola,
En la florida márgen del Clariano , etc.

El Mariola es uno de los mas conocidos montes del reino de Valencia. Entre sus breñas existe un devotísimo santuario (que fué convento de frailes de San Francisco) dedicado á *Nuestra Señora de Agres*, pequeña poblacion que se ve en la falda de la montaña. Esta domina todo el valle de Albaida , y en él es la mejor de sus lindas poblaciones la antiquísima villa de Onteniente , una de las mas notables del reino , y á cuyos piés se desliza el rio Clariano fertilizando hermosísimas vegas. Ha sido patria del célebre maestro músico D. José Melchor Gómis, y en ella se ha educado y tiene su casa solar el actual Excmo. Sr. Mi-

nistro de Gracia y Justicia D. Luis Mayans. El entusiasmo de sus moradores por la santísima Virgen, á la cual reverencian por patrona en el Misterio de la Concepcion Inmaculada, es de todo punto imponderable.

Yo que no he conocido otra patria desde ántes de cumplir los dos primeros años de mi existencia; yo que he pasado en los valles de Onteniente los dias más venturosos de la vida, los dias de la niñez; yo en fin que he recibido de los habitantes de dicha poblacion honrosas distinciones, no he podido resistir al deseo de dejarle en mis versos un recuerdo, aunque pobre, prenda de gratitud y cariño. ¡Ojalá le sea tan acepto como por mi parte es afectuoso y sincero!

- (6) Ni es bien callar al Salomon de España,
Alfonso, el Sabidor, de gran valía,
Que sus eternos códigos apaña
En siete partes, etc.

En el prólogo de las Partidas dice su inmortal autor, hablando de la nobleza del número siete, ó *septenario* como él lo llama: *E otrosí, por aqueste cuento (segund dixeron los santos) ouo Santa Maria siete gozos muy grandes con su Fijo Jesu Christo, segund canta la Santa Eglesia.* Y con esta y otras alabanzas de dicho número justifica el haber dividido en siete partes, *partidas* ó libros, su famoso código. Yo que, como todos los abogados, tengo en grande estima al Rey Sabio, he querido adornar con su recuerdo mi obra; y por cuadrar mejor con mi propósito, hele hecho atri-

buir á los siete *dolores* de la Virgen lo que él atribuyó á los siete *gozos*; no dejando de extrañar que no hiciese mencion de los primeros y sí de los segundos, cuando al recordar la historia de la Madre de Dios, se ofrecen á la imaginacion sus siete dolores con mucha mas facilidad que sus siete gozos.

Los dos últimos versos de la octava á que se refiere esta nota, aluden á las Cántigas de Nuestra Señora, versos que generalmente se creen escritos por D. Alonso el Sabio en loor de la santísima Virgen.

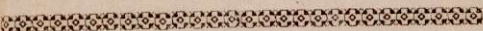
- (7) El grande, el inmortal Cárlos tercero,
Padre del pueblo, rey esplendoroso!
En su mano relumbra cual lucero
El *Collar de la Orden*, etc.

Distinguióse este gran Rey (cuya memoria será siempre grata á nuestra nacion) por su devocion especialísima á la Reina de los Angeles, como dice él mismo en su real cédula de 19 de setiembre de 1771, que es la ley 12, tit. 3, lib. 6 de la Nov. Rec..... «Instituyendo
»y fundando bajo la proteccion de María Santísima en
»su misterio de la Inmaculada Concepcion, cuyos *es-*
»*pecialísimos devotos* nos gloriamos de ser, y á la som-
»bra de cuyo patrocinio hemos puesto todos nuestros
»vastos dominios, una *Real Orden Española* denomi-
»nada de *Cárlos Tercero*, con la cual meditamos con-
»decorar á sugetos beneméritos, aceptos á nuestra
»Persona.»

El que esto ha escrito no puede dejar la pluma sin dar aquí un público testimonio de su eterna gratitud

á S. M. LA REINA (Q. D. G.) por haber tenido la dignacion de admitir la dedicatoria de este *Poema*, nombrando á su autor caballero de la antedicha Real Orden. Quiere ademas dejar consignada la benevolencia de los Excmos. Sres. D. Luis Mayans y D. Pedro Egaña, que presentaron esta obrita á S. M., y la de los Excmos. é Ilmos. Sres. Patriarca de las Indias (hoy arzobispo de Toledo), y obispo de la Habana, que la adornaron y favorecieron con gracias espirituales. Tambien se complace el autor en consignar en este sitio un testimonio de aprecio á la buena memoria del sabio y modesto literato el Sr. D. José Fernandez Guerra, cuya muerte lamentarán las letras españolas, y á cuya amabilidad debió el que esto escribe libros, manuscritos é indicaciones que ha utilizado en el presente *Poema*.





INDICE.



Licencia é indulgencias.	V
Dedicatoria.	IX
Advertencia.	XIII
Introduccion.	19
Canto primero.—La Profecía.	29
Canto segundo.—La Fuga.	69
Canto tercero.—La Pérdida.	109
Canto cuarto.—La Calle de la Amargura.	141
Canto quinto.—El Calvario.	175
Canto sexto.—El Descendimiento de la Cruz.	201
Canto séptimo.—La Soledad.	229
Notas.	255

ERRATAS.

<i>Pág. linea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
VII 1.	DE MAYANS.	MAYANS.
XVII 6.	sublimida del.	sublimidad el.
95 19.	Salen.	Salém.
164 10.	¡Al calvario, al calvario!	¡Al Calvario, al Calvario
181 7.	dolor la.	dolor de la.
211 5.	entiende.	entiende (1).
213 12.	y pura.	y pura,
215 15.	Alma, Madre.	Alma Madre.
215 15.	Por ella.	Por ella cede.

